

*Nº 9*

HISTORIA

DEL

TEMPLO DE LA COMPAÑIA

DE SANTIAGO DE CHILE.

---

-9-

AA 68656

# HISTORIA

DEL

# TEMPLO DE LA COMPAÑIA

DE SANTIAGO DE CHILE

Y DE SU INCENDIO

ACAECIDO EL 8 DE DICIEMBRE DE 1863.

POR

MARIANO CASANOVA,

PRESBITERO.

Con dos ORACIONES FUNEBRES, pronunciadas por el autor en las solemnes exequias que se celebraron en la Catedral de Santiago en 16 de diciembre de 1863 y 6 de diciembre de 1864 por las victimas de ese incendio.



VALPARAISO:

IMPRENTA DEL MERCURIO

DE TORNERO Y LETELIER,

1871.

## ORÍJEN DE ESTA PUBLICACION.

---

Con fecha 5 de enero de 1864 el Illmo. y Rvmo. señor Arzobispo de Santiago, doctor don Rafael Valentin Valdivieso, tuvo a bien nombrar una comision encargada de aco-piar todos los datos que fuese posible adquirir acerca del último incendio de la iglesia de la Compañia, y se me hizo el honor de contarme entre los miembros de esa comision.

Casi al mismo tiempo, la Universidad Nacional, dando a ese lamentable suceso toda la importancia que merece, designó algunos escritores de su seno con el mismo fin.

Por razones que ignoro, ninguna de estas comisiones ha presentado hasta ahora el resultado de sus trabajos.

En 1865 el señor don Manuel Carvallo, Enviado Extraordinario y Ministro Plenipotenciario de Chile en Brusélas, me obligó amistosamente a describir, segun lo permitiesen mis recuerdos, la historia de tan trájico suceso, dirijiéndome al efecto la siguiente carta, que pinta con viveza la urgente necesidad de esta publicacion.

*«Brusélas, octubre 19 de 1865.*

«AL SEÑOR PRESBITERO DON M. CASANOVA.

«Mi estimado señor y amigo:

«Vd. necesita de toda su induljencia para perdonar la libertad que voi a tomarme y de todo su patriotismo para condescender con mis deseos.

«El incendio de la Compañía causó en todo el mundo una sensacion profunda. Los artículos de los diarios chilenos, escritos a la lijera y en medio de los jemidos de los que acababan de perder a sus esposas, hijas o madres, o teñidos con el color de pasiones menos tiernas, fuéron reproducidos en la mayor parte de los de Europa, Asia y Africa y leídos con espanto universal. Hace pocos dias que un ingeniero holandés recién llegado de Ejipto en donde ha pasado muchos años, me pedia con vivo interés los pormenores de esa catástrofe, y se admiraba de que no hubiese exajeracion en lo sustancial de los hechos publicados. El señor Ducpetiaux, Secretario Jeneral del Congreso Católico de Malinas y escritor distinguido en varias revistas europeas, me ha pedido hace mas de un año que le procure una relacion fiel y circunstanciada de ese acontecimiento, para satisfacer los deseos de sus corresponsales, y aunque la he solicitado de la Universidad de Chile, quien nombró una comision para que la redactara, hasta ahora no he tenido la fortuna de recibirla, y ya iba perdiendo la esperanza de cumplir mi promesa al señor Ducpetiaux, cuando una conversacion casual ha venido a reanimarla.

«He sabido anoche, por uno de nuestros compatriotas, que a Vd. cupo el triste deber de hacer la oracion fúnebre de las víctimas de la Compañía, en la Catedral de Santiago, pocos dias despues de la catástrofe, y estoi cierto que Vd. recojeria entónces los informes mas exactos, en diversas fuentes; que los analizaria con el criterio e imparcialidad que le distinguen, y sacaria en limpio la verdad para esponerla en toda su pureza desde la cátedra sagrada, a presencia de testigos oculares. Infiero, pues, que habrá pocas personas tan competentes como Vd. para escribir la historia de esa calamidad, ni amigo mas bondadoso para sacarme del compromiso en que estoi.

«Conozco que mi exigencia es en extremo importuna para un viajero, ansioso como Vd., de aprovechar todo momento

en ver y observar cuanto tiene de admirable este viejo mundo; pero sé que la pluma de Vd. vuela como el águila aunque trabaje en las posadas, con un mal tintero, sobre un mal escritorio y privado de las comodidades de su casa.

«Celebraría que Vd. tocase, aunque fuera de paso, la parte que algunos miembros de nuestro clero, hubieren tenido, directa o indirectamente en ese acontecimiento, ántes, en el acto mismo y despues de consumado, y que recuerde los actos de abnegacion y heroismo a que han hecho una indistinta o confusa alusion, ya los diarios, ya las cartas particulares. Ese fué un drama instantáneo, sangriento, cruelísimo, desgarrador del alma; pero fecundo en enseñanzas de la mas remota trascendencia.

«Vuelvo a rogar a Vd. se digne perdonarme la molestia que me atrevo a causarle y disponer en todas circunstancias del afecto de su amigo y atento servidor.

«M. CARVALLO.»

Nadie niega en Chile la conveniencia de dejar para la historia nacional apuntes exactos acerca del incendio de la Compañía, tanto mas, cuanto que los escritos que se publicáron, cuando aun ardia la formidable hoguera, no siempre han sido exactos.

Ademas, la breve historia que publiqué en Brusélas para complacer al señor Carvallo, sin tener a la vista los datos necesarios, necesita algunas rectificaciones que he procurado hacer en esta publicacion.

Por el interes que despierta la iglesia de la Compañía, me ha parecido oportuno añadir algunos datos acerca del oríjen y vicisitudes del templo, sirviéndome cuidadosamente de algunos apuntes que me ha proporcionado el concienzudo investigador de la historia de la Compañía de Jesus en Chile, R. P. Francisco Enrich.

En la segunda parte, consigno lo que he visto u oído a testigos oculares, teniendo ademas presente el sumario for-

mado por el Juez del Crimen de Santiago, pocos dias despues del incendio de la Compañia; documento interesante, especialmente por contener las declaraciones juradas de todas las personas que de algun modo intervinieron durante el incendio.

La presente historia ha sido examinada detenidamente por personas de esclarecida nombradía y las mas competentes para juzgar acerca de su exactitud y veracidad. Si no he logrado satisfacer en este escrito la necesidad, jeneralmente sentida, de dar una relacion completa de tan lamentable suceso, habré al ménos contribuido a esclarecer la verdad, llenando, por mi parte, la comision que me confió el ilustrísimo señor Arzobispo de Santiago.

---

# HISTORIA

DEL

TEMPLO DE LA COMPAÑIA DE SANTIAGO DE CHILE.

---

## PRIMERA PARTE.

---

### I.

Basta dar una mirada a Santiago para reconocer la fé ardorosa que animó a nuestros antepasados. Do quiera que levantaban alguna modesta casa para su habitacion, allí al punto zanjaban los cimientos del templo de Dios, anhelando por vivir a su sombra. Casi todas nuestras grandes iglesias cuentan ya siglos de existencia y guardan bajo sus bóvedas las cenizas de sus constructores. Al pensar en la grandeza de nuestra Catedral y en las vastas proporciones de las iglesias de Santo Domingo, la Merced, San Agustin y San Francisco, no se puede dejar de admirar los sacrificios que estos templos demandarian a los habitantes de Santiago, relativamente pocos en número y de escasos recursos. Las erogaciones de los fieles debieron de ser cuantiosas para realizar unas obras que ahora seria mui difícil llevar a cabo, a pesar de las mejores circunstancias que nos

rodean. La poblacion es hoy inmensamente superior a la de aquellos tiempos; tenemos riquezas; mas falta o se debilita la fé, que es capaz por sí sola de obrar prodijios.

Acompañando a los conquistadores, pisáron el suelo de Chile algunos sacerdotes que esparcieron la semilla de la fé cristiana entre los habitantes de estas bellas rejiones. El venerable don Bartolomé Rodrigo Gonzalez Marmolejo, del clero secular, bendijo los cimientos del primer templo que la piedad de los conquistadores quiso elevar a la gloria de Dios. No pasó mucho tiempo sin que se introdujeran las órdenes regulares de Santo Domingo y San Francisco; un poco mas tarde se instalaron canónicamente los padres de la Merced, los primeros regulares que vinieron a Chile con Pedro Valdivia, y en seguida los de la Compañia de de Jesus.

El primer paso dado por los regulares al llegar a Santiago fué siempre edificar sus respectivos templos, y nunca les faltaron los recursos necesarios. La llegada de cada nueva colonia relijiosa era celebrada en esta capital con grandes muestras de alegría.

El 12 de marzo de 1593, cincuenta y dos años despues de la fundacion de Santiago, llegaron a esta ciudad los RR. PP. jesuitas Baltasar de Piñas, Luis de Valdivia con otros tres sacerdotes y dos coadjutores (1). El regocijo del pueblo fué jeneral y se prodigó a los recién llegados todo jénero de consideraciones. Conocian ya los colonos los servicios que la Compañia de Jesus prestaba en Europa, y habian podido ver, muchos de ellos, el gran bien que hacia en el Perú, de donde vinieron los jesuitas destinados a Chile. Los relijiosos dominicos les brindaron hospedaje, hasta que pudieron contar con una morada propia.

A las seis semanas de haber llegado se trasladaron a la casa que para su propia habitacion habia construido don

(1) Archivo de la Tesoreria Jeneral, legajo 29.

Rodrigo de Quiroga, Gobernador de Chile y uno de sus mas ilustres conquistadores, situada a una cuadra de la plaza principal, en el mismo lugar en que hemos visto la iglesia de la Compañia. Obtuvieron dicha casa por compra que hicieron al maestro de campo don Martin Ruiz de Gamboa, en la cantidad de 3,600 pesos, que recojiéron entre los vecinos de Santiago. Para darle la forma de casa relijiosa, fué menester hacer en ella algunas variaciones, las que se ejecutaron con gran rapidez. No es fácil fijar cuál fué el sitio designado para la capilla que por de pronto habilitaron; pero debió ser ella tan pequeña y tan pobre, que en aderezarla y acomodarla, juntamente con las reparaciones de la casa y muebles, solo se invirtieron 450 pesos, que donó el Cabildo (1).

## II.

El R. P. Piñas, ántes de regresar al Perú en 1594, empezó a trabajar, en la esquina formada por las calles denominadas de la Compañia y la Bandera, una iglesia capaz de recibir el numeroso concurso que acudia a escuchar la predicacion de los jesuitas. El R. P. Piñas, por su virtud, su celo y desinterés, se habia granjeado el amor de todo Santiago, y nada se resistia a su elocuencia, y así tuvo recursos bastantes para la fábrica del templo y arreglo del colejio. El tan justamente célebre padre Luis de Valdivia, activó de tal manera los trabajos de esa obra, que ántes de un año la dejó concluida, segun refiere el padre Lozano en su historia de la provincia del Paraguai. En aquella época, los jesuitas no contaban con otros recursos para su manutencion y para llevar adelante sus empresas, que lo que les enviaba la Providencia, pues ellos no tenian bienes raices ni entrada alguna fija, desempeñando con sumo desprendi-

(1) Archivo de la Tesor., leg. 29.

miento el sagrado ministerio y dando sus lecciones en el colejo sin remuneracion alguna. Esta iglesia fué de una sola nave, de adobe y de mui sencilla arquitectura. Las circunstancias no permitian otra cosa,

### III.

El P. Valdivia gozó de la iglesia de la Compañía durante el tiempo en que fué rector del colejo y pudo ver con cuán feliz éxito eran coronados sus trabajos y los de sus compañeros. Empero, su sucesor, el R. P. Juan Frias de Herran, observó que la iglesia amenazaba ruina. Sus murallas de adobe, construidas con prisa, no podian mantenerse por largo tiempo, y a fin de evitar desgracias, creyó prudente derribarlas, como lo efectuó despues de haber levantado unas piezas bastante altas que sirviesen interinamente de capilla. Segun el P. Lozano, el año de 1605 el Ilustrísimo señor Obispo de Santiago don frai Juan Perez de Espinosa bendijo la primera piedra de una suntuosa iglesia que empezaron a construir los jesuitas. El P. Olivares y otros historiadores fijan este acto en el año de 1595; mas es digno de preferencia Lozano, famoso por su exactitud en las fechas y por las minuciosas circunstancias que da de este suceso. Favorecen tambien su opinion algunos otros datos relativos a este acontecimiento, que se conservan en el archivo del gobierno. La piedra blanca que se empleó en este nuevo templo fué labrada a cincel para el fróntis (1) y a pico en todo el resto. Su forma era de una cruz, cuyos brazos tenian el mismo ancho que el cuerpo principal. El techo era de bóveda imperfecta, es decir, una especie de semi-decágono, por lo cual dice el P. Ovalle que estaba formada de madera de cipres, a *cinco paños*, decorados artísticamente con vistosas figuras. En medio del crucero, se elevaba una media naranja con su elevada linterna, trabajada con

(1) Olivares.

madera de cipres y alerce y adornada con tallas de excelente efecto. A uno y otro extremo del crucero, habia dos bellas capillas, cuyo techo estaba formado con dos grandes conchas del mismo material y de un trabajo análogo al de la media naranja. El presbiterio y las dos capillas laterales estaban ricamente adornadas. Solo habia una torre, colocada en la esquina de la calle de la Bandera. No tenia vigas o tirantes, consultando la belleza de la perspectiva, y la media naranja no descansaba sobre las paredes, sino sobre *cuatro arcos torales*, como dice Olivares, apoyados en otras tantas gruesas columnas, colocadas en las esquinas del crucero. El fróntis se componia de cuatro pilastras sobre sus correspondientes pedestales, las cuales sostenian una majestuosa cornisa; con todo, no era este fróntis lo mejor del templo. Su primer arquitecto parece haber sido el hermano coadjutor Miguel de Teleña. La iglesia no era tan grande como la que nosotros hemos conocido, pues en esa época los jesuitas solo poseian la mitad de la cuadra, adquiriendo el solar que seguia hácia el norte en 1620, por donacion que de él les hizo el señor Capitan don Lope de la Peña (1). Ciento cincuenta mil pesos se gastaron en esta obra, que demoró en concluirse 26 años (2). El retablo del altar mayor era tan rico, que fué apreciado en treinta y un mil pesos. El historiador Ovalle dice, hablando de esta iglesia, que no habia otra cosa semejante en todo Chile, y que solo la Catedral podia aventajársele. Acabó esta fábrica el hermano coadjutor Francisco Lázaro, hábil arquitecto, segundado por la actividad y entusiasmo del R. P. Provincial Gaspar Sobrino.

Grande fué la solemnidad con que se estrenó el templo. No solo concurrió el pueblo todo de Santiago, sino que tambien vinieron numerosas tribus de los campos y hasta de los lugares mas remotos. Muchos de los negros traídos del Africa se hicieron bautizar, movidos por la magnificen-

(1) Archivo de la Tesoreria. Leg. 29.

(2) Eyzaguirre dice que el trabajo demoró 36 años. *Historia de Chile*.

cia del culto católico. Ocho dias consecutivos duró la celebracion, predicando cada dia de la Octava un religioso de los diferentes conventos. La iglesia fué dedicada al glorioso Arcánjel san Miguel, en virtud de una órden terminante del R. P. Jeneral Claudio Aquaviva, del año 1607, segun consta de un documento que se conserva en el archivo de la Tesoreria Jeneral. Esta órden del Jeneral de los jesuitas fué espedida a consecuencia de haber el mencionado P. Frias de Herran manifestado el deseo de dedicar aquella iglesia al fundador de la Compañia, san Ignacio de Loyola, aun ántes de ser beatificado, con la confianza sin duda de que ya lo estaria al tiempo de su colocacion.

Los jesuitas quedáron debiendo cincuenta mil pesos, concluida la iglesia. Por mucho que fuera el amor que el pueblo de Santiago les tenia, las circunstancias que atravezaba Chile no eran felices. El indómito araucano habia arruinado las siete ciudades del sur y se habia perdido todo el territorio situado allende el Biobio. La guerra, consumiéndose cada dia vidas y caudales, no permitia grandes empresas, ni siquiera el esplotar las riquezas naturales del pais. Así fué que en esta ocasion ninguna de las limosnas que recibieron los jesuitas para esta obra alcanzó a 400 pesos (1).

Algunos años ántes de la colocacion de la iglesia, compráron ellos el terreno que ocupaba la plazuela frente al templo, consultando así su mejor vista y la comodidad de los concurrentes (2).

#### IV.

Estimaban su templo los jesuitas como era justo, y cada dia lo hermoseaban y enriquecian mas. ¡Quién habria podido pensar que tan grandiosa obra estaba destinada, en los designios de Dios, a durar solo unos pocos años! El terremoto del 13 de mayo de 1647 conmovió sus robus-

(1) Archivo de la Tesoreria, leg. 29.

(2) *Ibid*, id.

tas murallas de piedra, con la misma facilidad con que echó por tierra las casas de adobe de los colonos y los pajizos techos de los indijenas. Cayó en tierra alguna parte de las murallas y los techos de la iglesia. La media naranja quedó en pié, bien que un tanto inclinada. El Iltmo. señor Villarroel, en la relacion que hace de esta desgracia, parece dar a entender que quedó toda la iglesia asolada, y dice *que costaría cien mil ducados*.

Las frases con que Olivares y otros historiadores espresan los estragos del terremoto con respecto a la Compañía son exajerados. Merece mas fé la relacion que escribió en aquel mismo año el padre Juan Gonzalez Chaparro sobre este acontecimiento y a cuya autoridad nos referimos (1).

No pudiendo los jesuitas, por falta de recursos, trabajar en la reedificacion del templo, parece que se contentaron por de pronto con acomodar la parte que habia sufrido ménos en el terremoto. Ni habria sido tampoco prudente el pensar entónces en obras que demandaban injentes sumas de dinero, siendo jeneral la pobreza de los chilenos en tan angustiadas circunstancias.

Con todo, por el año de 1652, poco mas o ménos, trabajó el padre Vicente Modolell una iglesia provisoria, de 160 piés de largo y 50 de ancho. Era de tres naves, sostenida la principal con pilastras de madera, segun lo refiere el padre Diego Rosales, en la vida que escribió del citado padre Modolell y que se conserva en la biblioteca de la Academia de Historia de Madrid. Esa iglesia daba sobre la calle de la Compañía, con la fachada al oriente. En efecto, cuando se destruyó el antiguo Colejio Máximo de la Compañía para edificar el palacio del Congreso, que está en construccion, se descubrieron sus cimientos de la forma que se acaba de espresar.

(1) Coleccion de manuscritos de don Diego Barros Arana.

V.

Así pasáron algunos años, miéntras que Santiago salia de las ruinas en que el terremoto lo habia sepultado. Sin embargo, grande era la diferencia entre Santiago en la época en que nos hallamos y aquella en que llegaron a esta capital los jesuitas, y a pesar de sus desgracias, todo les auguraba un feliz porvenir. Era ya un pueblo bien formado, sede de una Real Audiencia y capital de una colonia que habia merecido el pomposo título de reino. La riqueza de su suelo, la benignidad de su clima, la belleza de sus campos, todo atraia preferentemente a los peninsulares hácia esta privilegiada comarca. Agréguese todavia la fama que se habian ganado los araucanos por su bravura, y tendrémos un aliciente más para los amigos de buscar fortuna, desafiando dificiles lances y peligros graves en concepto de los mas valientes.

Teniendo en vista los jesuitas el porvenir de Santiago, y habiendo cambiado notablemente las circunstancias, proyectaron un templo superior a todos los que llevamos descritos y capaz de competir con los mejores de esta capital. Sus aspiraciones no se reducian a satisfacer las necesidades relijiosas de aquella época, sino que se proponian atender tambien a los siglos futuros, sin saber que no alcanzarian a vivir en Santiago un siglo más y que no habia de llegar a dos la existencia del bello templo que proyectaban. Para los gastos que demandaba la construccion de ese edificio fué preciso arbitrar recursos extraordinarios. El ya citado padre Rosales, tan conocido por su historia de Chile y por otras obras, envió al Perú en busca de limosnas a los padres Luis de Santistéban y Diego Hurtado de Mendoza. Esta dilijencia solo dió por resultado la suma de 1,200 ps. con la obligacion de aplicar otras tantas misas (1). No era

(1) Archivo del Ministerio del Interior.

tampoco posible esperar grandes ausilios de parte del vecindario, atendidas las circunstancias, y la empresa quizas habria quedado frustrada, a no haberse ofrecido a tomar la obra por su cuenta dos padres de la misma Compañia, de un ánimo grande y espíritu singularmente emprendedor.

Eran éstos dos hermanos nacidos en esta ciudad de Santiago, pertenecientes a una familia acomodada. Llamábanse Francisco y Gonzalo Ferreira. Con su haber paterno, habian fundado el noviciado de San Francisco de Borja; habian tambien administrado con actividad y tino los bienes de varios colejos de la Compañia, y ensayádose en trabajos de arquitectura, reedificando con mejor forma el colejio de Bucalemu y su bonita iglesia, arruinados con el temblor del año de 1647. Ellos recibieron de su provincial amplias facultades para arbitrar recursos con que realizar la grande obra proyectada, darle la forma que hallaren por conveniente y dirigir el trabajo. Entónces el padre Francisco, no fiando lo bastante en sus propios conocimientos, se fué a Lima a examinar la iglesia del colejio de San Pablo (1), y de allí trajo, no solo sus medidas y proporciones, sino tambien los detalles de su arquitectura y construccion, a los que se conformó con algunas modificaciones (2).

## VI.

Y como es esta iglesia la que hemos visto por dos veces devorada por el fuego, creemos importante detallar, lo mas minuciosamente posible, su forma y estension.

Tenia, de largo 70 metros 63 centímetros y de ancho 27 metros 58 centímetros, sin contar los muros exteriores, que fuéron de 1 metro 67 centímetros de espesor. Asi es que en un pueblo que, segun un informe dado entonces por Solórzano y Velazco, apénas contaba con 6,000 almas, se

(1) Actualmente lleva el nombre de San Pedro.

(2) P. Olivares, en su *Historia de la Compañia*.

empezaba a levantar una iglesia cuyo piso tenia 1,948 metros cuadrados.

Aquel grande espacio estaba dividido en tres naves. La principal tenia 11 metros 52 centímetros de ancho, y las laterales 6 metros 55 centímetros cada una. El arco que las dividia de la principal era de 1 metro 48 centímetros.

Frente del presbiterio, cuyo fondo era de 19 metros 22 centímetros, abriéron un gran crucero con 11 metros 52 centímetros de ancho, por 27 metros 58 centímetros de largo, es decir, de todo el ancho del edificio. La parte de las naves colaterales comprendida entre este crucero y la fachada fué dividida en cinco capillas de 6 metros 68 centímetros de ancho, por 6 metros 55 centímetros de fondo, y las paredes que las dividian entre sí fueron de 1 metro 1 centímetro de espesor, aunque era de 1 metro 94 centímetros la que las dividia del crucero, y de 1 metro 48 centímetros la de la primera capilla, sobre la que se levantaba la torre. A uno y otro lado del presbiterio, dejáron dos grandes piezas del ancho de las naves colaterales para que sirvieran de sacristías.

La direccion de esta iglesia fué de sur a norte, como las otras dos anteriores, sobre cuyo piso se colocó, aunque con mayores dimensiones. El órden de su arquitectura fué el dórico, si podemos juzgar del todo por las pilastras y demas restos que nos habian quedado ántes de su actual demolicion. Quizá seria mejor decir que la arquitectura de esta iglesia tenia exactamente ese carácter particular que constituye el estilo jesuítico y que se encuentra, mas o ménos, en todos los templos de la órden; y si bien la iglesia de que hablamos era copia de la de San Pablo de Lima, era tambien bastante parecida a la bella iglesia de San Ignacio de Roma.

El módulo de la iglesia era 54 centímetros. Las pilastras descansaban sobre un zócalo de esta altura, como tambien las contra-pilastras y las impostas para los arcos del

frente de las capillas. Aquellas tenían 61 centímetros de ancho y éstas 41 centímetros. La altura vertical de éstas mismas, desde el pavimento al arranque del arco, era de 6 metros 19 centímetros, y siendo el diámetro de éstos de 5 metros 79 centímetros, tendríamos 9 metros 8 centímetros desde el pavimento a la clave del arco, y 11 metros 55 centímetros desde el mismo al perfil superior de la cornisa. De allí arrancaban los arcos de la bóveda, que era un semicírculo perfecto, alcanzando en su mayor altura 17 metros 30 centímetros.

Levantábase en medio del crucero una majestuosa cúpula, en contorno de la cual, por su parte interior, corría una galería (1) con su balaustrada de madera. Cada una de las diez capillas susodichas estaba cubierta con una graciosa media naranja, algun tanto prolongada, dividida en ocho segmentos por otros tantos arcos un poco salientes, que, desde su base, iban a reunirse en su llave, o mejor dicho, en el pie de su pequeña linterna. A un lado del fróntis, sobre la primera capilla, se alzaba una elegante torre de las dos que se habian trazado en el plano. No tenemos datos para calcular la altura de estos dos cuerpos.

La fachada no correspondia al órden de la iglesia, y parece que nunca habia sido mejor que la que nosotros hemos alcanzado a ver.

Diez puertas franqueaban la entrada a la iglesia, sin contar la que conducia a una de las tribunas del crucero. Tres habia en la fachada; una en cada costado, en la cuarta capilla; otra tan grande como éstas en el crucero al lado del colegio y hacía el rincon para dejar espacio suficiente al altar; dos en la sacristia, la una daba al claustro principal y la otra, algo menor, al patio de los estudios, en que despues se colocó el Museo Nacional; y otras dos en fin, por el mismo órden, en la pieza del lado de la epístola, que despues fué convertida en capilla de San Ignacio.

(1) Córdoba y Figueroa, testigo de vista, así lo dice en su *Historia de Chile*.

Trece grandes ventanas y cuatro pequeños óvalos, además de la media naranja, facilitaban la claridad y la ventilación de aquella iglesia.

Todo este grande edificio, ménos la media naranja, fué construido de cal y ladrillo, hasta la misma bóveda, cuyos principales arcos, es decir los que arrancaban de encima de las pilastras, tenían 84 centímetros de espesor y como la mitad lo restante de ella. A pesar de esto, había tejados, pues consta de los libros de salida del Colejio de los Jesuitas, haberse empleado, estando en pié todavía las bóvedas, siete mil tejas en las reparaciones. Parece probable que solo estuviesen tejadas las naves colaterales y nó la principal.

A cada lado del crucero, en la pared que lo separaba de las capillas, había una tribuna, pero no había coro al pié de la iglesia.

Debajo del presbiterio construyeron los jesuitas una bóveda, cuya entrada estaba bajo la media naranja. Esta bóveda contenía doce nichos, para servir de cementerio a los religiosos; en la parte opuesta había una galería o conducto estrecho (1) para la ventilación, que venía a salir al pequeño patio que estaba entre la testera y el edificio del Museo Nacional. Fabricaron también otra galería subterránea, cruzando la capilla de San Ignacio, el presbiterio y la sacristía, para dar paso al agua de la acequia que corre por medio de la manzana, y que debió ser profunda, por tener que pasar debajo del mencionado respiradero de la bóveda. Algun tiempo después, desviaron la acequia por detrás del presbiterio, quedando en seco el primer cauce. Estos datos esplicarán en parte el oríjen de los dichos populares sobre los subterráneos de los jesuitas.

(1) Vida del P. Ignacio García, edicion de 1864, pág. 104.

## VII.

Segun un documento existente en el Ministerio del Interior, la iglesia de la Compañia estaba ya concluida por el año de 1711. Los PP. Ferreiras tuvieron el consuelo de ver terminada su grande obra, despues de 39 años de continuado trabajo. Asi lo atestigua el P. Gamboa en un informe elevado a Felipe V en 1716 (1), quedando solo por concluir una de las sacristias y una de las torres. El costo de la iglesia, segun Córdova y Figueroa, fué mas de 600,000 pesos. Oliváres parece exajerado, cuando hace subir a un millon de pesos el valor de ella. No debe olvidarse que el precio de materiales y jornales era mas subido de lo que jeneralmente se cree. De los documentos que se conservan en el Archivo de la Tesoreria Jeneral, legajo 26, consta el valor de los materiales y jornales de los trabajadores, que, como cosa curiosa, vamos a consignar aquí.

En el primer tercio del siglo XVIII, costaba el millar de ladrillos de 18 a 20 pesos; el de tejas de 17 a 19 pesos; el de adobes 18 pesos; el quintal de hierro de 14 a 40 pesos; el de estaño 50 pesos y el de plomo 11 pesos; la tabla de alerce se compraba a 75 centavos. Un albañil ganaba al dia 1 peso, un carpintero 2 pesos, y un peon 25 centavos. Parece que a los trabajadores se les daba tambien la comida, pues en casi todos los meses se rejistra una partida del vino que se les daba y cuyo valor era de 4 pesos la arroba.

Para concluir la iglesia, tuvieron los jesuitas que contraer fuertes deudas, de que solo se vieron libres en 1750. A pesar de esto, siguieron embelleciendo la iglesia. Segun los datos del legajo 26 ya citado, en 1716 doraron el altar del Cristo; en 1718 trabajaron el que se llamaba vulgarmente de los *Cinco Mejores Señores*; en 1717 hicieron los cancelos de las puertas y las gradas de piedra frente de ellas, las que

(1) Archivo del Ministerio del Interior.

se renovaron en 1756, como tambien las de la porteria, importando 850 pesos entrambos a dos. La pieza de la derecha del presbiterio fué concluida; pero nó para segunda sacristia, si no para servir de capilla especial de San Ignacio; y tenian ademas comprados 3,600 ladrillos para concluir la segunda torre, cuando vino a trastornar sus planes el terrible terremoto del 8 de julio de 1730.

## VIII.

Este temblor, que derribó las iglesias de San Pablo, Santo Domingo y la Merced, no tuvo fuerzas capaces para hacer otro tanto con la de la Compañia; pero sí trizó los arcos de sus capillas y echó abajo la cumbre de su fachada y de su trastera, con tal estrago, que decia el Ilmo. señor Obispo de Santiago, en su informe al rei de España, “se necesitarian muchos costos y mucha habilidad para repararlos.” Esta no faltó, ni tampoco con qué hacer los costos, que ascendieron a 4,387 pesos, a pesar de hallarse el Colejio a la sazón cargado con una deuda de quince mil pesos (1). Con los ladrillos acopiados para la torre dieron cuanto ántes principio a unos arcos, practicados debajo de los que fueron trizados por el temblor, entre capilla y capilla. Tal vez se debió a esta prudente providencia el que no se viniera al suelo toda la iglesia con el terremoto del 25 de mayo de 1751, el cual solo rasgó las bóvedas de cal y ladrillo, por lo que se tuvo por conveniente derribarlas.

Poco ántes de este terremoto, habia sido nombrado rector del Colejio Máximo el P. Cárlos Haimausen, por tantos títulos benemérito de Chile, y especialmente por la colonia de Hermanos coadjutores de la misma Compañia que trajo de Alemania en 1748 para que se consagrasen a las bellas artes. Era Procurador en esa época el P. Francisco Javier Váras, natural de la Serena. El Rector preguntó al Procu-

(1) Archivo de la Tesoreria, legajo 29, libro de los gastos del Colejio Máximo.

rador:—*¿Con cuánta plata cuenta actualmente la procura del Colejio? A lo que éste respondió:—V. R. gaste cuanto crea necesario para la reedificacion de la iglesia, y libre contra mí, que espero en Dios me dará para todo (1).*

Con tal respuesta, el Rector Haimausen empezó a derribar las bóvedas de la iglesia, que se encontraban cuasi petrificadas, y miéntras tanto preparaba los materiales necesarios para los nuevos techos de madera, y se trabajó con tal actividad, que por noviembre de 1753 estuvo todo enteramente concluido. El techo quedó mas elevado que la antigua cornisa; pero no tanto que las trece ventanas primitivas cupiesen por entero debajo de él, por lo cual se las remató en las formas de las vulgarmente llamadas capuchinas. No pudiéndose desde luego reparar la torre, que tambien habia quedado mal parada, levantáron otra pequeña sobre la testera de la iglesia y colocaron en ella la campana para tocar a misa. Todos estos reparos y los demas gastos que hemos mencionado se hicieron esclusivamente por el Colejio, en razon de haber quedado ya sin deuda alguna desde aquel año 1753. En el siguiente demolieron la torre de que hemos hablado y la reemplazaron por otra, colocada en medio de la fachada. Su forma no era en realidad elegante, por la escesiva anchura de su primer cuerpo, que seria de unos 12 metros. Pusieron en ella seis campanas, y en mayo de 1762 otra mayor, fundida en la Calera, del peso de 55 quintales, y de tan buen sonido, que se oia a largas distancias (2). En 1765, se puso en la misma torre el magnífico reloj que por 76 años ha sido el mejor de Santiago, sin que despues haya habido otro que le pueda ser comparado. Algunos restos de él se encuentran en el actual reloj de Santa Ana. En el de que hablamos, entraron 40 quintales de hierro (3), que, despues de pulimentadas sus piezas, se reduje-

(1) Archivo de Roma.

(2) Archivo de la Tesoreria, legajo 26.

(3) Id. id.

ror a 20 quintales. En la sacristia de la iglesia, se colocó el mismo reloj que hoy sirve en la de los Canónigos de la Catedral y que con razón es famoso por su exactitud, firmeza y numerosas indicaciones que hace. Por largos años no ha necesitado de reparaciones de ningún género, y esto después de un siglo de servicio. Es de creer que un mismo jesuita fabricaría los dos, ignorándose su nombre, pues el autor solo se contentó con poner el lugar y fecha de su construcción, a saber: *Santiago, año de 1756* (1). En la iglesia hicieron un nuevo retablo para el altar mayor, y es el que se conserva en Santa Ana. Fabricaron también el órgano que actualmente sirve todos los días en la Catedral. En este tiempo, se hizo en la Compañía el coro alto, sobre la puerta principal; se renovaron los altares de las capillas y algunos se adornaron con gran lujo, principalmente el de San Ignacio, en cuya obra no se reparó en gastos. La gran cajonería que trabajaron para su sacristia es la misma que hoy sirve en la sacristia de los Canónigos; obra acabada en su género por su comodidad y por las tallas y embutidos. Todas las maderas empleadas en esta obra son del país. Finalmente, enriquecieron su iglesia los jesuitas con cuánto pudiera dar mayor realce al culto divino. Tenían preciosos ornamentos de que aun existen abundantes y ricas muestras en nuestra Catedral; gran número de candelabros de plata, y en especial seis que servían de hacheros en la nave principal. Ricas mallas de plata adornaban las gradas del altar, cuyo frontal era de 128 marcos de plata y de 124 el arco del contorno del tabernáculo. La custodia de grandes dimensiones, que en 1746 había tenido de costo 1,600 pesos, fue enriquecida en el año 1755 con muchos topacios, esmeraldas y otras preciosas piedras, entre las cuales sobresalían los diamantes que trajo de Europa el P. Haimausen, dos de los cuales habían sido evaluados en 30,000 pesos (2). Este Padre, escribiendo a la reina

(1) Archivo de la Tesorería.

(2) Id.

de Portugal, su prima hermana, que se los habia obsequiado, se congratulaba de haberles dado tan honroso destino. Entre los relicarios que se conservan, es con razon mui estimado el de los Sagrados Corazones de Jesus y de Maria, notable por su forma, magnitud, material y adornos, pues todo es de plata y oro. Entre los cálices, es famoso uno trabajado por un jesuita en el año de 1765. Empleó en él 264 castellanos y 2  $\frac{1}{2}$  tomines de oro de 22 quilates, comprados en 726 pesos 75 centavos. En su pié, tiene cinceladas varias escenas de la pasion de Nuestro S. Jesucristo, con tanto primor, que ha sido avaluado por personas competentes en 4,000 pesos.

En 1766 pintáron los jesuitas la fachada y la torre para dar mayor esplendor, segun parece, a la solemnidad de la consagracion de la iglesia, que hizo el Illmo. Sr. Aldai, Obispo de Santiago (1), a quien los padres regalaron el terno, la mitra y el báculo pastoral con que pontificó en aquel dia.

## IX.

Los jesuitas se esmeraban en dar al culto toda su magnificencia en aquel templo. Eran infatigables en su ministerio; confesaban, predicaban y enseñaban, no solo en Santiago, sino en todo Chile. Sus colejos eran florecientes, y la juventud de Santiago y de los otros pueblos en que aquellos se hallaban, recibia con entusiasmo sus lecciones. Contando con grandes elementos, la Compañia hacia el bien en grande escala, y fomentando las ciencias y las artes, preparaba un halagüeño porvenir. Tantas y tan fundadas esperanzas quedaron desvanecidas en un instante, al llegar a Santiago la despótica real órden de Carlos III, por la que se mandaba arrojar de Chile a la Compañia de Jesus. No nos toca hablar de tan triste suceso, sino solo en la parte relacionada con la historia que narramos.

Por los años de 1768 o 1769, un incendio redujo a cenizas,

(1) Apuntes manuscritos del señor Aldai.

con sus útiles y adornos, la antigua Iglesia Catedral, y no estando aun concluida la actual hizo sus veces la de la Compañía (1). El pueblo de Santiago, que contaria entónces una poblacion de 30,000 almas, halló en ella capacidad bastante para las grandes reuniones relijiosas y los canónigos tuvieron toda la comodidad necesaria y los útiles del culto. Mas, tan pronto como se pudo habilitar la Catedral, lo que sucederia unos 10 años despues, se trasladaron a ella, llevándose con permiso del Rei, la mayor parte de los vasos sagrados, ornamentos y adornos de estimacion, el altar mayor y los del Cristo, el de San Ignacio, de los *Cinco Mejores Señores*, el órgano, los candeleros y frontal del altar mayor y varias otras cosas mas. Con esto quedó la iglesia desmantelada y con mui limitado servicio. Es probable que celebrarían en ella los profesores del Seminario Conciliar, trasladado despues de la espulsion de los jesuitas al patio interior de aquel colejio, y mas tarde los del Colejio Carolino.

Solo al principio del presente siglo, algunos sacerdotes llenos de celo, entre los cuales sobresalia el venerado señor don Manuel Vicuña y Larrain, entónces simple presbítero y despues primer Arzobispo de esta Arquidiócesis, se empeñaron por ejercer en la Compañía el sagrado Ministerio. Acomodaron un nuevo altar mayor y repararon cuanto les fué posible el interior de la iglesia. Desde entónces, la Compañía empezó a ser el teatro de los trabajos del clero secular y el campo en que se ejercitaban en el sagrado Ministerio los jóvenes levitas. La predicacion era incesante, abundaban los confesores, y se prestaba allí al pueblo todo jénero de servicios espirituales. Así marcharon las cosas, sin que nada fuese capaz de turbar este órden; nada, ni los grandes cambios políticos que tuvieron lugar desde el año 10, ni aun el temblor del año de 1822. La Compañía seguia siempre siendo la iglesia mas concurrida, la mejor servida de la capital y la mas amada de sus habitantes.

(1) Archivo de la Tesorería.

## X.

Un repentino incendio redujo a cenizas los techos y todo el interior de tan bello templo, a las nueve de la noche del 31 de mayo de 1841. Hasta ahora, no se sabe la verdadera causa del incendio, y por mas que la hemos averiguado, solo hemos podido reunir las siguientes conjeturas.

Unos atribuyeron el fuego a una chispa eléctrica, que pudo producir una campana que se hallaba colocada tras del altar mayor y frente a una ventana que daba al techo. Dió consistencia a este rumor las circunstancias de hallarse la atmósfera en aquella noche escesivamente cargada de electricidad, y la lijereza con que se propagó el fuego, empezando al parecer por la mencionada ventana.

Otros dijeron, y esto fué lo mas comun, que un travieso estudiante del Instituto Nacional, sin preveer el peligro, habia echado a volar a prima noche una lechuga empapada en agua raz inflamada, la que volando por el techo iba comunicando el funesto fuego.

Por fin, no faltó quien creyera, observando la celeridad asombrosa con que reventaron las llamas por todas partes, que alguna mano sacrílega habia prendido intencionalmente el fuego. Mas, no se alegaba razon alguna para tan terrible acerto.

Pero fué indudable que el fuego empezó por el techo. Una persona respetable habia estado orando en el presbiterio un cuarto de hora ántes de declararse el incendio. Como pronto empezó el techo a caer en trozos encendidos no fué posible salvar muchos objetos de los que habia en la iglesia. Algunos caballeros lograron sacar la custodia del altar mayor, rompiendo las puertas del Sagrario. Las llamas todo lo consumieron, ménos la puerta de la nave del oriente. La gran torre incendiada presentaba un espectáculo en extremo imponente, y el famoso reloj rodea-

do de llamas por todas partes, dió a Santiago ántes de caer, su último adios, tocando compasadamente las nueve de la noche.

A fuerza de grandes trabajos se logró cortar el fuego para que no se comunicase a los patios del colejio aumentando las desgracias.

Era entónces capellan sustituto de la iglesia el presbítero don Rafael Valentin Valdivieso, en la actualidad Arzobispo de Santiago. Al tercer dia del incendio, festividad de Corpus, y en medio de los tizones aun humeantes, ofreció el Santo Sacrificio de la Misa aprovechando las capillas existentes a uno y otro lado de la puerta principal, que, por ser de cal y ladrillo, fueron impenetrables al devorador elemento.

„Tuvimos,“ dice la REVISTA CATÓLICA, „el placer, mezclado de un relijioso respeto, de asistir a la primera misa que se celebró entre los escombros de aquella casa del Señor. Un mismo pensamiento parece que dominaba a todos los concurrentes. ¡El templo santo en que ayer no mas resonaba la palabra divina y en que un inmenso jentio, postrado ante la Majestad Suprema, le tributaba rendidos homenajes de amor y de ternura, verse hoi mustio y solitario, cubierto de escombros su pavimento, ennegrecidas sus murallas, sin mas techo que el Cielo! Aquí se veia una campana dividida en varias piezas a causa de la violencia con que fué precipitada por el fuego; allá un trozo de madera, humeante aun, en que parecia que las llamas, no contentas con el destrozo que habian causado, pretendian saciar todavia su saña devoradora (1).“ Los fervorosos votos que allí se elevaron al Cielo fueron escuchados. El señor arzobispo Vicuña hizo a su pueblo un llamamiento para que contribuyese a la reparacion de la iglesia; nombró director de los trabajos al capellan, quien, con gran celo y actividad, acompañado

(1) *Revista Católica*, núm. 121.

por algunos otros eclesiásticos y vecinos respetables, promovió una suscripcion, que dió buen resultado (1).

Durante el trabajo, no se dejó de celebrar un solo dia en la Compañia, ora en las capillas de la puerta principal, ora en la de San Ignacio y en el presbiterio de la iglesia. Merced a los esfuerzos y a la intelijente direccion del señor Valdivieso, los trabajos marcharon con velocidad. A los seis años del incendio, la iglesia abrió solemnemente sus puertas al devoto pueblo que anhelaba ver llegar ese dia.

La ceremonia fué espléndida y tuvo lugar el dia de Pascua de Resurreccion, 4 de abril de 1847. El presbítero don Joaquin Larrain Gandarillas celebró en este dia y en este templo su primera misa, en presencia del señor Valdivieso, ya propuesto para arzobispo de Santiago, y de un numeroso concurso de personas respetables. Dejábase notar en todos los concurrentes un sentimiento de profunda admiracion que les arrancaba el imponente aspecto de aquel precioso edificio. El presbítero don José Hipólito Salas, actual obispo de la Concepcion, pronunció una oracion que es de las mas bellas que haya producido el primero de los oradores chilenos. Su plan fué manifestar que — «Lo que es un mal, segun los juicios del hombre, es una fuente fecunda de bienes en los altos designios de Dios.» Despues de desarrollar cumplidamente este pensamiento, aplicándolo al asunto del dia, concluyó con este hermoso pensamiento, que fué causa de una acalorada discusion:

«Y ¡quién sabe, señor, dijo, (dirijiéndose al Sr. Dr. D. Rafael Valentin Valdivieso) si tiene tambien algo de providencial ese ardoroso empeño con que V. S. I. ha trabajado en la reedificacion de esta iglesia! Si yo pudiera descorrer el denso velo que nos oculta el porvenir, no temeria enunciar aquí un grato suceso que, pueda ser, presencie la posteridad. ¡Quién sabe si este templo está destinado para ser restitui-

(1) *Mercurio* de Valparaiso del 13 de junio de 1841.

do a sus primitivos fundadores. Talvez, y ¡ojalá fueran proféticas mis palabras! no está lejos el dia acordado por la Providencia para que la Compañia de Jesus vuelva a pisar el suelo que ella enriqueció en otro tiempo con mil monumentos de gloria; y cuando llegue ese dia feliz para los pobladores de Arauco, feliz para los habitantes de nuestros campos y ciudades, feliz para la educacion y las artes, feliz y cien veces feliz para el engrandecimiento y la civilizacion de Chile, la iglesia de la Compañia será el templo a que vendrán los hijos de San Ignacio, y doblando allí, en esas gradas, las rodillas, entonarán un himno de gratitud a la Providencia, en accion de gracias; correrá de nuevo la sangre del Inmaculado Cordero sobre las aras de ese altar, y las soberbias bóvedas de este templo resonarán con el eco penetrante y sonoro de sus elocuentes voces. Por todo ello, yo hago un voto de corazon...»

Este voto fué en lo principal escuchado por Dios. La iglesia de la Compañia desapareció, derribada por la mano destructora del hombre; pero los jesuitas hacen hoi el bien en nuestras ciudades y nuestros campos; enseñan a la juventud, y llevan los consuelos de la relijion hasta a los habitantes de Puerto-Montt y Chiloé. Su existencia en Chile es tan tranquila, como la de todos los que gozan del amparo de nuestra Carta constitucional. Si, por vivir en Chile, fueron atacados por la intolerancia irrelijiosa de unos pocos, ¿quién entónces podria vivir seguro?

## XI.

Considerando ahora las reformas que se introdujeron en la iglesia, despues del incendio de 1841, aseguraremos desde luego que, si bien la Compañia no recuperó su primitiva belleza, al ménos ganó inmensamente, comparada con el estado en que se hallaba ántes del incendio. La nueva forma que adquirió entónces la iglesia debe tenerse mui presente para apreciar lo que diremos acerca del incendio último.

La restauracion de la iglesia importó mas de cien mil pesos, recojidos entre los fieles, siempre prontos a acudir al remedio de las necesidades del culto.

Sin saber el señor Valdivieso y demas directores de la restauracion del templo, la forma que la iglesia de la Compañia habia tenido en su principio, proyectaron trabajarla con bóvedas, media naranja y dos torres en la fachada; y se confirmaron mas en su idea al descubrir en las paredes, abrasadas pero no destruidas con el incendio, los arranques de las bóvedas antiguas. Mas ellos no las hicieron de cal y ladrillo, sino de madera. Los grandes arcos se componian de varias piezas de roble, trabadas entre sí por medio de tornillos, teniendo en cuenta el poderlos desarmar en caso de incendio, para cortar el fuego.

Lo mas notable de la restauracion fué sin duda la media naranja que se construyó en el centro del crucero y que daba a la iglesia una forma semejante a la que tenia ántes del terremoto de 1751. Esta cúpula tenia de altura, hasta la cruz, 60 metros, y era el adorno mas bello de la Iglesia, dividiéndose desde larga distancia, dominando a nuestra ciudad y alzándose con orgullo sobre todas nuestras torres. Todas las ventanas que habia en el resto de la nave principal estaban adornadas con vidrios de colores. Las pinturas del presbiterio y de la parte interior de la media naranja producian un gratisimo aspecto. Una cómoda escala conducia al interior de los techos y llegaba hasta la linterna de la claravoya. La puerta grande que comunicaba el brazo occidental del crucero con el patio, quedó para siempre cerrada.

Introdujose en los altares de la iglesia una reforma de grande importancia, colocando en ellos cuadros de lienzo en lugar de imágenes de bulto. Estos cuadros fueron pedidos a Europa, y dos de ellos, el Cristo crucificado y santa Maria Magdalena eran orijinales y de la escuela española. El ejemplo dado en la iglesia de la Compañia a este

respecto ha ejercido, a no dudarlo, grande influencia en la reforma de los demas templos de esta capital. El altar mayor se adornó de una manera provisoria, pero bastante desente, hasta que en 1857 el presbítero don Juan B. Ugarte hizo trabajar uno de madera mui majestuoso, que importaria 15,000 pesos, y llenaba todo el fondo del presbiterio. Componíase de dos grandes cuerpos. El primero formaba una media naranja de gran efecto, bajo la cual se levantaba un tabernáculo en que se hacia la esposicion del Santísimo Sacramento en las fiestas. Dos grandes cuadros servian de puerta al tabernáculo los que se cambiaban segun las fiestas; uno era de la Purísima Concepcion y otro representaba a la Virgen del Cármen. En este altar se aprovecharon algunas imájenes de madera y algunos otros adornos del altar de la capilla doméstica de los jesuitas, que por mucho tiempo sirvió a los alumnos del Instituto para sus actos de piedad. A medida que los años pasaban, íbase tambien enriqueciendo la iglesia con profusion, de modo que era quizás la que ostentaba mas esplendor en sus funciones. Una grande araña de muchas luces pendia del centro de la media naranja; muchas otras mas pequeñas iluminaban las naves. Un *via-crucis* de no escaso mérito adornaba la nave principal. Algunas familias acomodadas habian trasladado a este templo las cenizas de algunos de sus deudos, y así entre los altares o al pié de las grandes columnas se veian monumentos fúnebres de valor.

Recientemente se habia pintado algunos pasajes alegóricos de la Sagrada Escritura en las murallas del presbiterio, y reparado cuidadosamente la pintura de la cúpula.

Para mayor comodidad de los concurrentes, habia bancos de madera en el lado de la nave principal que correspondia al patio de la iglesia. Allí se colocaban los hombres, quedando este local separado del resto de la nave por una rejita de fierro de corta altura.

Los concurrentes podian sin dificultad alguna recorrer

toda la iglesia, ménos las dos capillas de la entrada principal que por lo jeneral se mantenian cerradas.

Un gran púlpito de madera estaba colocado en medio de la iglesia, y habia tambien muchos confesonarios por diversos lugares.

La partè exterior se conservaba, mas o ménos como la habian dejado los jesuitas, no habiéndose alcanzado a estucar el fróntis. Una sola torre se habia construido en el mismo lugar de la primera que los jesuitas hicieron en la esquina de las calles de la Compañia y la Bandera. Al otro lado se veía un pequeño y provisional campanario.

Para edificar el palacio del Congreso se mandó derribar todos los edificios y galerias adyacentes a la iglesia, las que últimamente se habian acomodado de una manera supletoria, esperando la conclusion del palacio para emprender algunos trabajos de mas importancia.

## XII.

Mui cortas eran las entradas fijas con que la Compañia contaba para sus gastos. La limosna de los fieles mantenía el culto, y una que otra fundacion piadosa daba lo bastante para algunas de las funciones solemnes. El gobierno acudia anualmente con la módica suma de 200 pesos, dotacion de un capellan que era el verdadero jefe la iglesia y el único obligado al servicio y responsable del órden interior. Esa suma, es evidente, no podía bastar ni para los mas indispensables gastos de un gran templo, y menos para el sosten de la Compañia, que necesitaba de muchos empleados subalternos. El cargo de capellan venia a ser casi gratuito, y siempre se buscaba para su desempeño algun eclesiástico que contase con su segura subsistencia, y aun mas, que pudiera dar a la iglesia, en vez de recibir de ella cualquier emolumento.

### XIII.

En el mes de noviembre de 1856 se celebró por la vez primera el Mes de Maria en la Compañía, devocion introducida poco tiempo ántes en el pais y propagada especialmente por los esfuerzos del Seminario Conciliar. La concurrencia durante todo el mes fué numerosa; y a fin de contar con recursos bastantes y seguros para lo sucesivo, el presbítero don Juan Bautista Ugarte promovió la fundacion, en la última noche del Mes, de una sociedad llamada de las *Hijas de Maria*, que, erogando anualmente un peso cada uno de sus miembros, sostuviera el culto de la Santísima Vírjen. Esta sociedad despertó un grande entusiasmo, particularmente entre las mujeres, y llegó a contar en el primer año 7,000 asociados.

Las *Hijas de Maria*, a mas de sostener los gastos del mes consagrado a la Santísima Vírjen, se reunian los miércoles de cada semana, celebrándose por la mañana una misa y haciéndose por la noche, despues de la plática, la esposicion del Santísimo Sacramento. Muchos de los asociados pedian al Director de la Congregacion, señor Ugarte, recomendase a los concurrentes que orasen por sus diversas necesidades, mas o ménos como se practica en algunas iglesias de Europa; y aumentándose estraordinariamente las demandas, el Director preparó una urna cerrada en el que cada cual esponia por escrito su peticion.

Esta urna fué colocada en la capilla del fróntis que daba al palacio del Congreso. Todos los miércoles el mismo Director abria públicamente la urna que contenia los billetes de súplica, la que era colocada delante del altar durante la misa. Cuando la urna estaba llena, el mismo Director quemaba los billetes, de suerte que nadie podia saber lo que se hallaba escrito en ellos. Así pasaron las cosas durante siete años. Decíase públicamente que el señor Arzobispo no gus-

taba de ese modo de dirigir preces al cielo y que una buena parte del clero deseaba desapareciese esa práctica. Muchas personas atacaron de palabra y por escrito la nueva institucion, siendo libre cada cuál para aprobar o reprobar algunos de los medios de que el Director se servia para entusiasmar a sus cofrades.

En cada año se iba haciendo el Mes de Maria con mayor pompa y esplendor, sobre todo en los últimos dias. Por la mañana se celebraba una misa solemne y por la tarde predicaban los mejores oradores del clero secular y regular, y se rezaban devotas preces, alternadas con melodiosos cantos, ejecutados por los maestros del arte. Por la mañana, la concurrencia era numerosa; mas en la noche las espaciosas naves del templo no alcanzaban a contener a la multitud, que a veces invadia las gradas y galerias adyacentes.

En 1863, la funcion del Mes de Maria se celebró con especial solemnidad, y en el último de tan bellos dias tuvo lugar la terrible catástrofe que consumió al templo junto con la existencia de tantas víctimas. El incendio del 8 de diciembre y sus consecuencias va a ser el asunto de la segunda parte de esta historia.

---



## SEGUNDA PARTE.

---

### I.

La fiesta de la Concepcion Inmaculada de Maria Santísima ha sido siempre celebrada en Chile con gran entusiasmo. Nuestro pueblo jamas termina sus súplicas al cielo sin adorar el *Sacramento del Altar y a la Virgen concebida sin pecado orijinal*. El Illmo. señor Arzobispo de Santiago ha podido decir al Santo Padre, al dar su juicio acerca de la conveniencia de la Declaracion Dogmática de la Inmaculada Concepcion de Maria, que *su Clero y Pueblo, con innato y devotísimo afecto de corazon, siempre y en todas partes ha honrado el singular privilejio de la Concepcion de la Madre de Dios, de modo que pudiera afirmarse que no hai casi uno solo entre los fieles de esta apartada rejion que no desee ardientemente la Declaracion Dogmática*.

Y los promovedores del Mes de Maria, al establecerlo en los treinta dias que preceden al 8 de diciembre, tuvieron mui en cuenta perpetuar el recuerdo de la Declaracion Dogmática pronunciada por el inmortal Pio IX en 1854 y fomentar mas y mas la devocion a este misterio. Asi, el 8 de diciembre de 1855 se celebró entre nosotros con espléndidos y singulares cultos de Declaracion, y al año siguiente empezó el Mes de Maria en la Compañia.

En los dias a que nos referimos, mañana y tarde la iglesia de la Compañia se veia llena de jente de uno y otro

sexo. Por la noche, aun ántes de empezar la funcion, ya estaba llena la iglesia, las gradas, las galerias, la sacristia, llegando la concurrencia a ocupar a las siete y media de la noche hasta una buena parte de la plazuela. Podria calcularse la concurrencia en 5,000 personas.

## II.

Parécenos del caso dar ahora una idea minuciosa de la iglesia el 8 de diciembre de 1863. La posteridad podrá estimar estos pormenores, para esplicarse el siniestro.

En la mañana tuvo lugar una solemne comunión jeneral de las Hijas de Maria, habiéndose acercado a la Sagrada Mesa mas de 2,000 personas de uno y otro sexo.

La iglesia ostentaba en ese dia todo el ornato de que era capaz. El altar mayor se veia enriquecido con primorosos adornos, ricos candelabros de bronce, de mármol y de alabastro, innumerables ramilletes de flores naturales y artificiales, numerosas arañas de cristal y de bronce, algunas gasas trasparentes de diferentes colores que tambien caian simétricamente de los grandes arcos de la cúpula, formando vistosos pabellones. El presbiterio estaba en buena parte ocupado por grandes maceteros de flores y árboles de luces de gracioso efecto, ánjeles y otros adornos de gusto y de valor.

Llamaba sobre todo la atencion la mas sorprendente iluminacion que hasta entonces se habia visto en Chile y que cubria el altar mayor, los altares colaterales y principalmente la nave del medio. Un cordon de luz recorria toda la cornisa superior de la nave y formaba bajo la cúpula caprichosos emblemas. Importa mucho decir que no habia en la iluminacion gas hidrójeno, sino las siguientes sustancias y en la manera que aquí indicamos; así será fácil comprender bien el oríjen verdadero del incendio. La iglesia se iluminaba con cera, estearina y parafina. La arafia del medio

del crucero tenia 80 luces de estearina y 16 lámparas de parafina. En cada arco de la nave principal habia una araña de ocho velas de estearina y cuatro lámparas de parafina.

El Tabernáculo del altar mayor en que se hacia la esposicion del Sacramento ocupaba la parte central del altar. Cubríale un gran velo de terciopelo bordado. Al pié de este Tabernáculo se habia colocado pocos dias antes una media luna como de tres metros de largo, formada por el lado visible con vidrio pavonado y con lata por el reverso. Contenia unos vasitos de cristal en número de 50 con parafina, tapados con lata, saliendo la luz por un cañoncito tambien de lata, que se alzaba de la tapa del vaso como dos pulgadas. No todos los vasos estaban dentro de la media luna entre el vidrio y la lata, sino que, para producir el efecto deseado, algunos quedaban fuera, en los estremos. Esta media luna se colocaba un metro 30 centímetros distante del Tabernáculo y un metro 70 centímetros del altar, en una mesa especial, sobre la cual descansaba el poste redondo que le servia de pié. Alzabase del suelo unos cuatro metros; y como este aparato fué trabajado a la lijera, para aumentar su adorno se colocaron en todos sus bordes, entre el vidrio y la lata, unas pequeñas flores de lienzo, bastante separadas de los vasos. Habiendo provenido el fuego de esta media luna, estas circunstancias se hacen importantes.

Las luces de las cornisas de la iglesia eran de estearina. Cada vela era colocada en una plancha de lata y cubierta con un globo de cristal de color.

En el momento del incendio, mui pocas eran las luces que se hallaban encendidas, por faltar todavia mucho tiempo para empezar la funcion. En el altar mayor solo se veia la media luna encendida, pues siendo mui difícil el iluminarla, se hacia esta operacion desde temprano. En este dia se prendió a las seis y media. En las naves se veian con luz las arañas de los arcos y la grande araña del crucero.

Las demas luces estaban apagadas, y el número de todas las que debian encenderse mas tarde ascendia a 2,200. Estos datos nos han sido trasmitidos por el señor Ugarte y los empleados de la iglesia.

### III.

Las puertas de la iglesia se cerraron en este dia como a las doce de la mañana. Desde las tres de la tarde ya habia en las gradas algunas mujeres que esperaban con ansia se volviesen a abrir para ocupar un buen lugar. La concurrencia fué aumentando por momentos. Como a las cuatro de la tarde, visitó el interior de la Iglesia el Illmo. y Rvmo. señor Arzobispo, acompañado por el presbítero Ugarte y algunos otros eclesiásticos. Hizo algunas oportunas indicaciones y se retiró sin pensar que pudiera ocurrir novedad alguna. Poco despues de las cinco, el capellan de la iglesia, presbítero don Francisco Cañas, procedió en persona a abrir la puerta principal, a fin de evitar desórdenes, y encargó al primero de los sacristanes abriese al mismo tiempo la puerta del costado de la calle de la Bandera. La del lado del Congreso solo franqueaba entrada a los hombres, que se colocaban en los asientos de que en otro lugar hemos hablado. Tambien podian los hombres ocupar el presbiterio y la sacristia. La entrada de las mujeres fué precipitada y en un instante ocuparon casi toda la nave principal. En ese momento, la policia se colocó en las puertas de la iglesia para conservar el orden. El capellan señor Cañas le habia dado todas las instrucciones convenientes. Estaban abiertas todas las puertas y mamparas de la iglesia, y en caso de apuro, todos los concurrentes, sin distincion, podian salir por cuatro grandes puertas, bastando en los casos ordinarios diez minutos para dejar el templo completamente vacío.

La funcion debia empezar a las 7 y tres cuartos de la noche. A las 6 y tres cuartos estaba ya llena la nave del

medio de la iglesia, pero aun quedaban muchos lugares vacíos en las colaterales. Algunos hombres ocupaban el presbiterio. Desde la sacristía velaba por la conservacion del orden el Capellan señor Cañas, y en un departamento accesorio esperaba la hora de comenzar el Presbítero Ugarte. Algunos clérigos de menores órdenes ayudaban al Capellan. Ocho o mas sirvientes recorrían las naves y tomaban parte en encender las luces.

No se sentia otro ruido en el interior del templo que el de las fervorosas preces que los concurrentes enviaban al cielo, y en aquel instante nada llamaba su atencion que pudiera estorbarles ocuparse de su propia salvacion.

Nadie podia imaginarse que en ese momento amenazaba una calamidad inaudita. El ángel de la muerte batia ya sus negras alas, y nada revelaba su furor. Una bellísima tarde de primavera atraia a los paseos públicos a los que no pensaban en ir a la iglesia. El sol, al llegar a su ocaso, matizaba las lijeras nubecillas que, aquí y allí esparcidas, brillaban en el mas puro cielo, iluminando todavia no solo la ciudad, sino hasta los últimos rincones del templo destinado a ser teatro de tanta desgracia.

#### IV.

De repente un ruido confuso se oye por todas partes. Grupos de jente se ajitan en todas direcciones. Véese a lo lejos un poco de humo que sale por la gran cúpula de la Compañía. Un instante despues las nubes del cielo reflejan un color rojo oscuro que a todos espanta. La bella cúpula aparece envuelta en torbellinos de llama cual castillo de fuego, presentando el mas sublime espectáculo. El fuego consumía todo el templo.

Mientras que los fieles oraban tranquilamente en la iglesia, que por instantes veia aumentar la devota concurrencia, el fuego habia prendido en el altar mayor, comunicándose

por la media luna de que ya hemos hablado. Como solo descansaba sobre un pié, cuando corria viento sufría alguna oscilacion. En esa tarde el viento era mayor que en las anteriores, y la oscilacion de la media luna aumentaba proporcionalmente, estando todas las puertas del templo abiertas de par en par. La llama de uno de los vasitos de la media luna alcanzó a prender los filamentos de una flor de lienzo, de las que rodeaban a la misma media luna. Esa flor pudo inclinarse un poco de su lugar respectivo a impulso del viento, y si se la hubiera dejado arder hasta consumirse, nada habria sucedido, pues advertidamente la media luna estaba rodeada por todas partes de flores naturales. Un hombre del pueblo, al ver la pequeña llama, se asusta, y al momento acude a soplar con la boca la flor quemada. El viento que arrojó, aumentando la llama, hizo que al instante se comunicase a las demas florecitas que rodeaban la media luna. Todavía, si nada se hubiera hecho, el incendio se habria evitado, pues en dos minutos todas las flores se habrian consumido sin mas mal que su insignificante pérdida. Mas, el mismo hombre, queriendo evitar desgracias y solo llevado del susto del momento, empezó a dar sobre las flores prendidas con la falda de su paletot, lo que aumentó las llamas y las comunicó en chispas a los ramos y demas adornos del altar. Con mas velocidad de lo que se pudiera imajinar, subió el fuego al gran velo que cubria el tabernáculo, y en un instante se cebó en la madera del altar, que, a mas de ser mui seca, estaba pintada al óleo. Entónces fué ya imposible detener el fuego. La gran corriente de aire que se formó al instante, subiendo a la cúpula, llevó las llamas en torbellino hasta el techo, prendiendo con gran facilidad el tablado interior, formado de madera delgada y tambien pintada, y una vez en esa altura, siguieron con la velocidad del rayo, hasta reducir a cenizas la majestuosa cúpula. De la cúpula voló por entre el techo y el tablado hasta llegar al coro en lo que pasaria una media hora escasa.

Las llamas abrasaron pronto la torre de la derecha y el campanario de la izquierda.

V.

X Al instante de ver aparecer el fuego en el altar mayor, las personas que ocupaban la nave principal dejaron sentir un sordo murmullo de confusion, como pidiendo que se tomaran medidas para detener el fuego y sin pensar en el peligro que les amenazaba. Las personas que se encontraban en las naves colaterales, no alcanzando a ver las llamas, creen que el movimiento del centro es producido por un temblor. Se sucede un instante de confusion y de alarma en que se oyen gritos interrumpidos por mil voces: *japaguen... no hai peligro... no se muevan... salgamos... misericordia...!* Y el resplandor de las llamas, derramándose por todo el templo, advierte a las concurrentes que no deben perder tiempo. Algunas personas se empeñan sin embargo por conservar sus puestos; muchas, ignorando lo que pasa en el interior, intentan entrar a la iglesia, y aun se apoderan gustosas de los lugares que otras abandonan, en especial en las puertas colaterales. Todo pasa en el mismo momento. La policia apostada en las puertas no puede comprender la causa de tanta agitacion, procura averiguarla y restablecer el orden. Los hombres que llenaban el presbiterio no piensan en que las mujeres corran peligro y salen todos sin dificultad por la puerta de la sacristia. Al retirarse pudieron observar que la jente de las naves se habia replegado hácia la puerta principal y que iba quedando desocupado el espacio que dominaba la cúpula. Los que estaban en los asientos de la nave del medio salieron sin dificultad por la puerta del lado del Congreso.

Casi todas las mujeres intentan salir por las mismas puertas por donde habian entrado, es decir, la principal y la que daba a la calle de la Bandera. Como, al mismo tiempo, algunas personas entraban, otras no querian perder sus lugares

y todas las del centro trabajaban por salir a la vez, empezó a formarse en ambas puertas una espesa barrera de cuerpos humanos. Las mas ancianas caen en tierra, y otras tropezando caen a la vez encima. Las que están mas léjos de las puertas, viéndose ya casi abrasadas por las llamas, aumentan sus esfuerzos y estrechan mas y mas a los primeros grupos. La barrera de las puertas va así poco a poco convirtiéndose en una enorme muralla de cuerpos humanos!... Las llamas que han devorado la cúpula y que siguen estendiéndose por las naves arrojan una lluvia de fuego, caen las luces de las cornisas y se derrama la parafina encendida de las lámparas, y entónces empiezan tambien a arder los vestidos de las víctimas... El pánico es terrible, la escena no puede describirse; por todas partes se escuchan lamentos confusos, gritos desgarradores, todas quieren salir las primeras, todas piden la vida, la salvacion, y claman al cielo.

El terror aumenta la natural turbacion, el espeso humo dificulta la respiracion y disminuye las fuerzas y todo va quitando a los desgraciados la esperanza de vida!

Cuantas pudieron dominarse escapáron, pues miéntras que casi todos se empeñaban en salir por las puertas arriba mencionadas, la del lado del Congreso y la de la sacristia estaban completamente espeditas.

## VI.

Tan pronto como se esparció por la capital la terrible noticia acudió el pueblo al rededor de la Compañia con el deseo de detener, si posible fuera, los estragos del fuego. Nadie podia imaginarse que corriera riesgo la vida de los concurrentes al Mes de Maria. Mas, al llegar a las puertas del templo y al ver la escena que en su interior se presentaba, era menester un valor no comun y un ánimo esforzado para conservar la serenidad necesaria, a fin de ser útil a los desgraciados. Se hacen esfuerzos extraordinarios,

dirijiéndose, como era natural, el trabajo de todos a deshacer las barreras de cuerpos humanos formadas en las puertas; mas eran tan espesas y compactas, que, mas de una vez, los que tendieron sus brazos para ausiliar a las víctimas perecieron con ellas o solo lograron arrancarles algunos miembros destrozados.

Para colmo de desgracia, eran bien escasos los elementos a propósito para minorar el fuego, pues la buena organizacion de las bombas solo data desde esa época. Aumentanse los esfuerzos salvadores. Todas las autoridades de la nacion acuden presurosas, todos se ajitan, discurren, trabajan, mas en vano. ¡Solo el poder de Dios es omnipotente, y debilísimas las fuerzas del hombre!

Apénas se logra salvar una que otra persona por las puertas del frente y de la calle de la Bandera. Algunas señoras esforzadas, despojándose de sus abultados vestidos, lograron salvar la tremenda muralla saliendo sin mayor novedad. Entre tanto, las llamas aumentan y ya es imposible llegar hasta las mismas víctimas. Tíranse al interior cuerdas o *lazos* y ramas de árboles; pero todo con poco éxito. No hai remedio... Las llamas bañan a las víctimas, el sol se ausenta para no ver tal espectáculo, y la noche cubre con su negro manto tantas ruinas.

El interior del templo era solo un inmenso lago de fuego en cuyas olas por un instante se ajitaban todavia algunos desgraciados. Unos, cansados de luchar, se postraban en tierra ofreciendo al Señor el sacrificio de su vida; otros recorrian los diversos grupos predicando a los que ya agonizan, resignacion cristiana en el tremendo lance. Siéntese un clamor jeneral y confuso, el estertor de la agonía que cesa repentinamente y a un mismo tiempo cuando la asfixia mortal domina a las víctimas.

Muchos episodios se cuentan de diferentes personas que perecieron. Por interesantes que en sí sean, no hemos podido comprobar de todo punto su veracidad. Tampoco era

cosa fácil el fijarse en los pormenores cuando todos estaban preocupados en ver modo de dar auxilio a los que agonizaban. Parece indudable el que algunas jóvenes no se atrevieron a salir al verse casi desnudas, y murieron víctimas o mártires de la mas bella de las virtudes. Hubo quien, en medio de sus agonias, trepó por encima de los altares, llegando a una extraordinaria altura. Mas de una hija amante renunció a toda esperanza de vida por sostener a su venerable madre.

Varias ancianas que se hallaban situadas en el centro de la iglesia, bajo del púlpito o bien cerca del presbiterio, pudieron salir sin ninguna dificultad por la sacristia o por la puerta del lado del Congreso.

Mui pocos hombres perecieron, salvándose por las indicadas puertas.

Las personas que lograban escapar de la muerte corrían por las calles cual formidables espectros, dilatados sus ojos, desgreñado el cabello y despedazados los vestidos. Muchos heridos y quemados fueron conducidos a las casas vecinas y a los hospitales públicos.

Entre tanto, en el interior del templo solo se sentía el movimiento ondulatorio de las llamas, el derrumbamiento de los escombros, y el último y tristísimo son de las campanas que anunciaban, al caer, el último suspiro de las víctimas.

La ciudad se veía iluminada por las llamas de aquella espantosa hoguera y sus calles eran con afán recorridas por innumerables personas que, entre el temor y la esperanza, buscaban a sus deudos y amigos, pues sabían que habían ido a la iglesia y que aun no aparecían. Eran ya las nueve de la noche. Los deudos visitan los hospitales y demas lugares donde habían sido llevados los pacientes, y ansiosos examinaban los miembros en parte carbonizados de las víctimas, imaginándose pudieran ser los de sus hijas o esposas. Todos aguardaban, todos esperaban, hasta que al

fin desapareció también la esperanza, último consuelo del afligido, y mil madres cansadas de llorar vieron cerrarse las puertas de sus casas quedando vacío el lecho de sus hijas queridas. Ignorábase aun el número de los muertos.

A las diez de la noche ya el fuego había cesado casi del todo. Al pasar por enfrente del templo, habiendo completamente desaparecido el techo, divisábanse las estrellas por entre los altos muros, cual fúnebres antorchas al rededor de un túmulo. En el pavimento del Santuario, una que otra luz dejaba divisar los restos de las víctimas en horrible confusión.

Fácil será imaginarse la angustia de aquella terrible noche. Esperábase con ansia la luz del día. ¡Es tan pesada la oscuridad para el que sufre! Nunca las horas fueron más largas. Asomó al fin la aurora de un nuevo día. Mas, como si la naturaleza participara de nuestro duelo, la luz de ese día fué opaca y triste, y la atmósfera solo nos brindó un aire pesado y pestilencial.

A las seis de la mañana del día 9 pudimos recorrer, no sin alguna dificultad, el interior del templo. Qué horror! No es mayor el destrozo que causa en un poblado bosque el fiero aquilón, cuando el rayo derriba los altos cedros y el temporal arrastra las grandes peñas en horrible confusión, que lo que parecía aquel lugar en que la muerte había establecido su morada. Los cadáveres estaban hacinados, formando un ángulo cuyos extremos eran la puerta principal y la de la calle de la Bandera. La muralla que formaban tendría unos cuatro metros de ancho. No pocos cadáveres aparecían junto a los muros en las capillas colaterales entre las mencionadas puertas, y algunos otros esparcidos en diferentes lugares y en diversas actitudes. Cerca de la puerta del lado del Congreso se formó, bajo uno de los arcos pequeños, un compacto montón de cabezas humanas, y en la nave del oriente se encontró un grupo de personas enredadas unas con otras a causa de las crinolinas de acero, que se habían

introducido en las carnes de tal manera, que era casi imposible separar un cuerpo de otro para darle sepultura.

Mui raro fué el cadáver que pudo ser reconocido por sus deudos o amigos para ser colocado en los sepulcros de familia. Los demas esperarán juntos la resurreccion unïversal, y una simple cruz, colocada en el centro de la fosa, les servirá de consoladora esperanza.

## VII.

Mui difícil ha sido el averiguar cuál es el número exacto de los muertos en la catástrofe. Proviene la dificultad de que algunas personas vivas o muertas fueron llevadas a diferentes casas. Fué menester apresurar mucho la operacion de sepultarlos, y ademas, algunos cadáveres estaban despedazados y otros casi pulverizados. Ha sido éste uno de los puntos que hemos estudiado con mayor detencion, sin alcanzar un buen resultado. La voz pública fijó el número de dos mil o mas víctimas, número que parece exajerado, o al ménos, no hai datos bastantes para darlo como exacto.

Los agentes de la policia encargados por la autoridad de conducir los cadáveres al cementerio atestiguaron que habian recojido 1435 cadáveres en esta forma:

Sacados por las puertas del frente.....	414
“ por la puerta del oriente.....	469
“ por la puerta del poniente.....	552
	<hr/>
Total.....	1435

Mas, don Exequiel Lazo, mayor de la Brigada de Policia y encargado en jefe de la conduccion de los cadáveres de la iglesia al cementerio, declara haber sacado..... 1488

La diferencia de 53 cadáveres proviene, o bien de algunos que se encontraron despues, o bien de ser solo un cálculo prudente del encargado, en vista de varios miembros

separados, de que tambien hacen mencion en sus declaraciones los comisionados de las diferentes puertas.

En el cementerio, segun nos lo ha asegurado el mismo Director, no fué posible, ni aun habria sido prudente, rectificar el número. La putrefaccion, a pesar de las medidas que al instante se tomaron, se pronunció desde los primeros momentos, y pocos trabajadores podian resistir a la penosísima tarea de la sepultacion.

Los periódicos publicáron diferentes listas de los nombres de los muertos, cuya suma ascendia mas o ménos a 1663; mas esas listas fueron tachadas de inexactas, notándose en ellas algunos nombres repetidos, algunos vivos entre los muertos, y cuando se trata de familias se aumenta a veces considerablemente el número. Era obra casi imposible de realizar en aquellos aciagos dias, por mucho que fuera el empeño de alcanzar la verdad.

La Intendencia de Santiago ordenó a los subdelegados el formar un censo de los muertos en sus respectivas subdelegaciones. Este trabajo, que habria podido dar un buen resultado, quedó incompleto, llegando solo el número a 767 muertos.

Sin duda que a los cadáveres estraidos de la iglesia por la policia deben agregarse los de las personas que murieron en los hospitales y casas particulares; mas nos parece mui exajerado el hacer subir estos últimos a 512, que se necesitarian para enterar el número de 2,000.

Al dia siguiente del incendio, los cadáveres fueron conducidos en carros al cementerio. ¡Momento, a la verdad, terrible fué aquel en que ese lúgubre cortejo desfiló por las plazas y calles de una ciudad cubierta de luto! Es fácil imaginarse cuál seria el dolor de los habitantes de Santiago en aquellos instantes. Parecia que la pena iba en aumento, a medida que el tiempo pasaba, como que en los grandes dolores su recuerdo es a veces mas terrible que el primer momento.

Seis dias despues del incendio, un decreto supremo ordenó se procediese a la demolicion de las murallas del incendiado templo de la Compañia. Concedióse el plazo de dos dias para estraer los cadáveres que desde mucho tiempo estaban allí sepultados. Los cadáveres de los antiguos jesuitas constructores del templo, que se encontraban en el subterráneo, fueron por órden del señor Arzobispo trasladados a la Catedral. Solo el del padre Ignacio Garcia pudo distinguirse por hallarse en sepultura especial. Lo exhumó uno de los padres jesuitas y lo trasladó a la iglesia de las monjas Rosas.

Verificado esto, la poblacion de Santiago tuvo que presenciar durante muchos meses la demolicion de esas murallas sagradas.

No ha quedado en pié una sola piedra de ese santuario, y ¡sabe Dios qué suerte aguarda aquella tierra regada con tanta sangre inocente! Esa tierra bendita solo la relijion podia habitarla dignamente, y ¡librenos Dios de que un lugar de tales recuerdos vaya a convertirse en un lugar de alegria profana! La posteridad recordará asombrada tan injusta demolicion.

## VIII.

Ocho dias despues de la catástrofe, por mandato del señor Arzobispo se celebraron en la catedral unas solemnísimas honras en sufragio de las víctimas, las que tuvieron lugar con asistencia de todas las corporaciones. Pontificó en ellas el Illmo. y Rvmo. señor Arzobispo y se hallaba presente el señor Presidente de la República y el Cuerpo Diplomático.

Un numeroso y escojido concurso llenaba las espaciosas naves del templo.

El luto era jeneral.

Los cantos lúgubres, las devotas preces de la sagrada liturgia y las palabras del orador que hizo la oracion fúne-

nebre eran a cada paso interrumpidas por los sollozos de los concurrentes.

Era que un pueblo todo daba el último y solemne adios a cuanto mas amaba en la vida.

## IX.

La tierra encerraba ya en paz eterna los restos de las víctimas. La fé, la esperanza y la caridad cristiana velaban su tumba. La cruz tendia sobre los muertos sus brazos divinos. Sobre los huesos de los que fuéron habia caido ya el agua de la purificacion, y el sepulcro quedaba cerrado para siempre al lúgubre canto del *Requiescant in pace!*

Los muertos descansaban en paz, y la paz, sin embargo, faltaba a los vivos. Círculaban diferentes rumores. Forjábanse diversas suposiciones; era preciso callar y sufrir, pensando que en los cielos hai un Juez, encargado de dar a cada cual lo que le corresponde.

## X.

Mui a la lijera y con poca voluntad, voi a decir aquí dos palabras acerca de las acusaciones dirijidas contra el clero de Santiago en aquellos dias de amarga recordacion. De buena gana pasaria en silencio asunto tan ingrato, si el deber de historiador no me obligara a hacerlo. Es justo que la defensa llegue a la posteridad junto con los cargos. Por cierto que nada podremos decir de nuevo a aquellas personas que presenciaron los sucesos que narramos. La mayor parte de los asuntos a que vamos a referirnos fueron olvidados entre nosotros a los pocos dias del incendio; mas en el extranjero no sucedió por desgracia otro tanto, y año despues habia aun en Europa quienes se preocupasen de ellos con interes y los comentasen de diverso modo, haciendo pesar sobre los chilenos injustas y crueles suposiciones.

¿Qué parte directa o indirecta tuvo el clero de Santiago en el incendio de la Compañía?

Conviene desde luego establecer en obsequio de la verdad, y nó para declinar el cargo, que, si bien el clero servia gratuita y abnegadamente esa iglesia, no fué ni pudo ser nunca responsable de su direccion. Esta estaba a cargo esclusivamente de su capellan, presbítero don Francisco Cáñas, jefe inmediato del templo; y ademas, en aquellos dias y durante el Mes de Maria, entendia en los arreglos de la funcion el director de las Hijas de Maria, presbítero don Juan Bautista Ugarte. No habia, pues, más clérigos en la Compañía que pudiesen ser responsables del siniestro.

No faltó quien dijese que la tremenda desgracia habia sido estudiosamente preparada por el clero. No consignamos este hecho para refutarlo, pues hai acusaciones que caen en tierra por su propio peso. Mas, él prueba los designios manifiestos de calumniar al clero. ¿Se podria creer tal acusacion, si se hubiese hecho al pueblo mas salvaje del mundo?

¿Provino el incendio del exceso de luces que se encendian cada noche? Esta cuestion habria podido agitarse si el incendio hubiese acontecido cuando las luces estaban ya encendidas. Mas, ya hemos dicho que a la hora en que empezó eran bien pocas las luces prendidas. El fuego empezó, es cierto, por una luz, pero no fué consecuencia de las muchas luces. Grande era el adorno y numerosa la iluminacion; mas es de creer que no se divisaba un peligro mas o ménos inmediato, cuando todos asistian al templo y dejaban que asistiesen sus parientes. He oido a personas de distinguido talento y de gran prudencia asegurar que jamas se les habia ocurrido pudiera suceder una desgracia.

Pues bien, en el momento del incendio los dos sacerdotes de algun modo responsables se encontraban en la iglesia acompañados por un buen número de acólitos y de sirvientes. No habia razon alguna para que en aquella hora hubiese otros sacerdotes en la Compañía, desde que nada tenian que hacer allí, habiendo confesado en la mañana y en

la víspera del día a cuantas personas lo habian solicitado.

El presbítero Cárdenas, al oír la voz de fuego, se dirigió al altar a sacar las Sagradas Formas, como su deber se lo exijia. Algunos caballeros, viendo que era imprudente acercarse al altar, que ya era una áscua encendida, se lo impidieron. Aseguraba el mencionado presbítero, que al asomar a la iglesia por la puerta de la sacristia, vió que la jente salia apresuradamente y que aparecia del todo desocupado el local que habia entre el presbiterio y el púlpito. Por si le era posible tomar alguna medida, se dirigió por el corredor de la iglesia a la plazuela, y al enfrentar al templo comprendió que el mal no tenia ya remedio. Hizo cuanto pudo en socorrer a las víctimas, hasta quedar desfallecido. El presbítero Cárdenas tenia motivos poderosos para prestar en esos momentos cuantos auxilios hubiesen estado en su mano. No solo le movia la compasion natural y propia de todo hombre, por inhumano que se le suponga; no solo le urjia la caridad del sacerdote y el deber de capellan; le impulsaba tambien el amor de la familia, sabiendo que entre la multitud se encontraban dos de sus hermanas, que desgraciadamente perecieron. ¿Podria ser indiferente a la desgracia? Es verdad que nadie se atrevió a culparlo de un modo claro y directo; pero naturalmente las acusaciones contra el clero de la Compañia recaian de un modo especial sobre su persona.

El presbítero Ugarte se hallaba en un departamento perteneciente a la iglesia, cuando empezó el incendio, y acudió al instante en que pudo saber lo que pasaba. Estando ese departamento frente a la puerta de la iglesia que daba al patio del Congreso, por cuya puerta salió la mayor parte de las personas que salvaron, tuvo naturalmente que perder no poco tiempo para lograr acercarse a las puertas del templo. Le fué ya imposible penetrar en él, y solo pudo dar la absolucion sacramental a las víctimas. En vista del horrible cuadro que se ofrecia a su vista, el presbítero Ugarte, cuya salud sufría mucho de tiempo atras, cayó en tierra atacado

por una fuerte epilepsia y fué conducido a casa del señor Gumucio, cerca de la iglesia.

De los acólitos que habia en el interior del templo perecieron tres, y tambien algunos de los sirvientes.

Cuando se supo en la ciudad la terrible noticia, cuantos sacerdotes podian prestar algun servicio acudieron presurosos a administrar los ausilios que permitian las circunstancias. Unos trabajaron en las puertas del templo para salvar a los infelices; corrieron otros a las casas y hospitales a donde habian sido llevados los heridos y les prodigaron no solo los ausilios espirituales, sino tambien cuantos les fué posible. El que esto escribe tuvo la satisfaccion de ver catorce sacerdotes ocupados en servir a los heridos en la botica del señor Barrios y portal Macklure. De tal manera fué cosa clara el que no habia ningun cargo sério que imputar al clero, que no faltó quien lo acriminase porque ningun sacerdote habia perecido en el templo incendiado. ¡Como si el tormento de las víctimas hubiese podido mitigarse aumentando su número! Y si éste pudiera ser un crimen de parte de los sacerdotes, lo seria tambien de parte de los deudos de las víctimas, lo seria tambien de parte de todo el pueblo, incluso los que formularon el cargo, quienes, de seguro, hicieron ménos que el clero. Los antecedentes tan reconocidos del clero de Santiago me autorizan para asegurar que muchos de sus miembros se habrian disputado la gloria de perecer en las llamas, si el sacrificio de sus vidas hubiera podido ahorrar a nuestra patria esa funesta calamidad.

Alguien se atrevió a decir que los clérigos de la Compañia habian cerrado las puertas de la sacristia impidiendo asi el que por ellas se salvaran muchos desgraciados que perecieron. ¡Ojalá que de alguna manera hubieran designado a quien tal hizo! Mas, de esta relacion se deduce claramente que ni siquiera hubo en esos instantes quien pudiese dar tal órden, y protestan contra esa nueva calumnia las innumerables personas que salieron por la sacristia, y el hecho

de no haberse encontrado al siguiente dia ningun cadáver a las inmediaciones siquiera de la sacristia.

## XI.

Uno de los cargos mas fuertes en apariencia fué el de que el clero de la Compañia, en vez de prestar oportunos ausilios a las víctimas, se habia ocupado en poner en seguridad paramentos sagrados y otros objetos de ménos valor. Nada habria tenido de estraño el que alguna persona se empeñase por salvar del fuego algunos objetos, pues que jeneralmente es lo que primero intentan hacer todos en tales casos, ya por el valor de los objetos, ya por quitar o minorar el pábulo al terrible elemento. No es cosa comun el que mueran muchas o algunas personas en los incendios, y en el de la Compañia, solo supieron que habia víctimas los que lograron llegar a las puertas mismas del templo. Tenia la iglesia tantas y tan grandes puertas, habia todavia luz, y se juntaban tantas otras circunstancias para que nadie se turbase y para que todos pensasen en su propia salvacion! Mas, contrayéndonos a lo que en realidad se logró salvar, diremos que la mayor parte de aquellos objetos no estaban en la iglesia sino en un departamento contiguo donde no pudo alcanzar el fuego. De la sacristia solo se sacaron algunos ornamentos sagrados mediante la actividad de unos caballeros que se tomaron la molestia de librarlos ellos mismos. Uno de los que realizó esa buena obra fué el señor don Exequiel Ladron de Guevara. Llamado por el juez del crimen para que declarase cuanto supiese sobre el incendio bajo la relijion del juramento, manifestó que habia prestado oportunamente ausilio a algunas mujeres que vió caidas junto a una de las puertas del templo que daba al patio del Congreso. «Creí entónces, agregó, que ningun peligro corria la jente de la iglesia; yo veía franco el paso por la puerta del poniente, y lo habia visto por la de la sacristia imajinándome que tambien lo estaría por la puerta principal y la de la nave

del oriente. Prevengo que, al pasar por la sacristia, indiqué al presbítero don Francisco Cañas que tratase de salvar los ornamentos. A mi juicio, Cañas tenia mui perturbada su razon, no me hizo caso, y yo mismo abrí unos cajones y saqué varios ornamentos que dejé en un rincon cuando encontré llenos de jente el patio y corredor de que he hecho mérito; mas, despues que se despejaron y tambien la puerta, tomé los ornamentos y los llevé a la casa de don Agustín Llona, pasando por el edificio del Congreso." (1)

Lo mismo que el señor Guevara hicieron algunos otros, sacando cosas insignificantes y que dieron injusto pretesto para tremendas acusaciones contra el clero!.....

## XII.

Hablóse mucho tambien de otro asunto misterioso o novelesco que afectaba a la moralidad de algunos sacerdotes. Personas de elevada posicion se permitieron decir que un agente de la policia habia encontrado al dia siguiente del incendio unas cartas en el llamado Buzon de la Vírjen, que ellas eran de mala lei y que comprometian a diferentes personas. Esta curiosa acusacion se corrió en tono bajo, de un modo nebuloso, a medias palabras y por medio de frases sospechosas. Y eso fué lo peor, sobre todo al llegar las noticias al extranjero. Porque hai acusaciones que son mas terribles a medida que se presentan mas misteriosas. ¡Son tantos los recursos del crimen y es tan osada la maledicencia cuando la víctima es el sacerdote! Como que para el sacerdote no hai disculpa ni explicacion alguna posible. ¡Es acusado? luego infaliblemente es culpable. ¡Es calumniado? pues merece la pena de muerte. Esa fué la lójica que triunfó ya, en aquel dia en que un juez inícuo y cobarde vió en el banco del crimen a la Inocencia.

La acusacion a que me refiero era por demas ridícula y

(1) Espediente sobre este incendio, seguido por el Juez del Crimen, páj. 7 vta.

apenas se sostuvo por aquellos momentos entre los enemigos sistemáticos del clero y de la relijion. Era por demas absurdo el pensar que fuese a elejirse aquel lugar para tales manejos, haciendo participante de todo al presbítero Ugarte. Ademas, la acusacion no solo tocaba a los vivos, sino que tambien alcanzaba horriblemente y de la manera mas cruel a los muertos en el incendio.

El clero sabia mui bien que el hecho era enteramente falso, o que, cuando mas, algun enemigo suyo, aprovechándose de aquellos momentos, habria colocado fraudulentamente en la urna mencionada las cartas de que tanto se hablaba. Para aclarar el asunto, y a fin de acallar aquellos calumniosos rumores, el señor prebendado don Joaquin Larrain Gandarillas creyó conveniente dirigirse por la prensa al señor Intendente de la provincia de Santiago, pidiéndole a nombre propio, en representacion de una buena parte del clero y en vindicacion de la honra de las víctimas del incendio, que diese publicidad a todas las cartas que se decia habian sido encontradas en la iglesia de la Compañía, sin ocultar el nombre de persona alguna. El señor Intendente contestó, entre otras cosas que no eran del caso, que en las cartas halladas en el Buzon «nada habia que comprometiese el honor ni la virtud de las desgraciadas víctimas que sucumbieron en el incendio; que nadie habrá entre los que viven que dé mejor testimonio que él mismo de su virtud y pureza.»

En vista de tan esplicita declaracion, el señor Larrain Gandarillas estuvo en su derecho para concluir en su réplica «que si eran inocentes las personas que escribieron las cartas, vienen a serlo por necesidad las otras a quienes se supone que iban dirigidas.» El señor Intendente calificó tambien en su respuesta al señor Larrain Gandarillas de *rumores vulgares* los dichos que sobre este asunto se le atribuian, con lo que se echó al olvido este curioso capítulo de acusacion.

Un diario hostil al clero hizo inauditos esfuerzos por publicar siquiera alguna de las famosas cartas en cuestion, y todo lo que consiguió fué poner en claro la inocencia de los acusados.

### XIII.

Por conclusion de estos apuntes, dirémos que, en el expediente formado por el juez del crimen de Santiago para averiguar de oficio si habia álguien culpable en el incendio, se encuentran estas palabras del juez, al dar sentencia, despues de un prolijo exámen de los antecedentes:—«Del sumario que se ha instruido para el esclarecimiento de este lamentable suceso, resulta que... ningun antecedente existe para atribuir culpabilidad a ninguna persona... que no hai delito que perseguir, y que es notoria la conveniencia de tomar medidas precautorias de sucesos análogos, en cuya virtud sobreséase... y consúltese.» La Corte Suprema de Justicia confirmó el 5 de noviembre de 1864 esta sentencia.

El 8 de mayo de 1870 se colocó solemnemente la primera piedra del templo del Salvador, en la calle de los Huérfanos, algunas cuadras al poniente del local ocupado por la antigua Compañia. El está destinado a llenar el inmenso vacío que dejó la iglesia cuya historia hemos brevemente bosquejado.

# MEDIDAS

DE

## LA IGLESIA DE LA COMPAÑIA,

TOMADAS POR EL R. P. ENRICH, S. J.

### LARGO DE ELLA.

Presbiterio.....	19,22 mets.
Crucero.....	11,52
5 Capillas.....	6,68 mets. c. u. $\times 5 = 33,40$
Pared entre el crucero y la primera capilla....	1,94
3 Id. entre capilla y capilla 1,01 mets. c. u. $\times 3 = 3,03$	
Id. entre las dos postreras capillas.....	1,48
<hr/>	
LARGO TOTAL.....	70,63 mets.
Las pilastras tenian de ancho.....	1,08 mets.
Las contrapilastras (solo las habia junto al crucero).....	0,61
Las impostas de los arcos.....	0,41

### ANCHO.

Nave principal.....	11,52 mets.
2 Id. laterales.....	6,55 mets. c. u. $\times 2 = 13,10$
Arcos entre éstas y la principal 1.48 id. id. $\times 2 = 2,96$	
<hr/>	
ANCHO TOTAL.....	27,58 mets.

### ALTO

del pavimento, al arranque de los arcos de las capillas .....	6,19 mets.	} 9,08 mets.
Radio de estos arcos.....	2,89	
Id. al perfil superior de la cornisa.....	11,55	
Radio de la bóveda de la nave principal.....	5,76	
<hr/>		
Id. a la clave de dicha bóveda.....	17,31	
<hr/>		
Id. al remate de la cúpula restaurada en 1847.....	60,01	

## ÁREA DEL TEMPLO,

SIN CONTAR LAS PAREDES ESTERIORES.

Área total..... 70,63 mets. × 27,58 mets. = 1947,9754 mets.

### ESPACIO LIBRE.

		Metros.
Presbiterio.....	19,22 × 11,52 = .....	221,4144
Nave principal.....	51,41 × 11,52 = .....	592,2432
Brazos del crucero.....	11,52 × 8,03 = 92,5096 c. u. × 2 =	185,0112
Debajo de diez arcos de las capillas.....	1,48 × 5,79 = 8,5692 c. u. × 10 =	85,6920
10 Capillas.....	6,68 × 6,55 = 43,7540 c. u. × 10 =	437,5400
2 Pasadizos del crucero a la capilla.....	1,98 × 2,50 = 4,9500 c. u. × 2 =	9,9000
6 Id. entre las otras tres id.	1,01 × 2,50 = 2,5250 c. u. × 6 =	15,1500
2 Id. entre las dos postreras	1,48 × 2,50 = 3,7000 c. u. × 2 =	7,4000
	SUMA .....	<u>1,554,3508</u>

### ESPACIO OCUPADO

por la Sacristia con las paredes que la separaban de la Iglesia..		154,3366
" la capilla de San Ignacio con id.	19,22 × 8,03 = .....	154,3366
" el macizo de las paredes de la nave principal.....	10,94 × 1,48 = 16,1912 × 2 =	32,3824
" id. de id. entre el crucero y la primera capilla.....	4,05 × 1,98 = 8,0190 × 2 =	16,0380
" id. de las tres id. entre capilla y capilla .....	4,05 × 1,01 = 4,0905 × 6 =	24,5430
" id. de id. entre las dos postre- ras id.....	4,05 × 1,48 = 5,9940 × 2 =	11,9880
	SUMA DEL ESPACIO OCUPADO .....	<u>393,6246</u>
	SUMA DEL ESPACIO LIBRE.....	1,554,3508
	SUMA TOTAL.....	<u>1,947,9754</u>

## DISTRIBUCION DEL ESPACIO LIBRE

EL 8 DE DICIEMBRE DE 1863.



	Metros.
El altar mayor con sus gradas, etc., ocupaba 5 mets. $\times$ 11,52 =	57,6000
10 Altares id. id. id. 7,0000 c. u. $\times$ 10 =	70,0000
8 Confesionarios ocupaban ..... 1,50 c. u. $\times$ 8 =	12,0000
2 Capillas cerradas (las contiguas a la fachada)..... 43,7540 c. u. $\times$ 2 =	87,5080
Sus arcos cerrados con puerta..... 8,5692 c. u. $\times$ 2 =	17,1384
Sus pasadizos cerrados con pared..... 3,7000 c. u. $\times$ 2 =	7,4000
	251,6464
SUMA DEL ESPACIO OCUPADO.....	251,6464

### ESPACIO DESTINADO PARA LOS HOMBRES.

Presbiterio 221,4144—57,6000 mets. ocupados por el altar	163,8144
Capilla del crucero 92,5056—7 metros de su altar..... =	85,5056
4 Capillas 43,7540—7 mets. de id. id..... = 36,7540 c. u. $\times$ 4 =	147,0160
Sus arcos 8,5692—1,50 del confesonario = 7,0692 c. u. $\times$ 4 =	28,2768
Pasadizo entre el crucero y la 1. <sup>a</sup> capilla.....	4,9500
3 Id. entre las capillas..... 2,5250 c. u. $\times$ 3 =	7,5650
En la nave principal, segun cálculo del señor Domeyko.....	94,5000
	531,6378
SUMA DEL ESPACIO DESTINADO PARA LOS HOMBRES...	531,6378

### ESPACIO DESTINADO PARA LAS MUJERES.

Nave principal, 592,2432 mets.—94,5000 ocupados por los hombres..... =	497,7432
Capilla del crucero, descontado el altar ut supra..... =	85,5056
4 Capillas, descontados sus altares id..... = 147,0160	147,0160
Sus arcos, descontados los confesionarios id..... = 28,2768	28,2768
Pasadizo entre el crucero y la 1. <sup>a</sup> capilla id..... = 4,9500	4,9500
3 Id. entre las otras capillas id..... = 7,5750	7,5750
	771,0666
SUMA DEL ESPACIO DESTINADO PARA LAS MUJERES..	771,0666
SUMA TOTAL DEL ESPACIO LIBRE.....	1554,3508

# ORACION FÚNEBRE

QUE PRONUNCIÓ

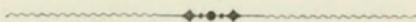
EL PRESBITERO Dr. D. MARIANO CASANOVA,

EN LAS EXEQUIAS CELEBRADAS EL 16 DE DICIEMBRE DE 1863

EN LA SANTA IGLESIA METROPOLITANA

POR LAS VÍCTIMAS

DEL INCENDIO DE LA COMPAÑIA.



*Et estimata est afflictio exitus illorum; illi autem sunt in pace.*

Y su muerte ha sido mirada como afliccion; pero ellos están en la paz.

*Sabiduria, III.*

EXMO. SEÑOR: (1)

ILMO. Y RVMO. SEÑOR: (2)

## I.

¿Qué otra cosa podré yo deciros que corresponda a vuestro sentimiento, a vuestras lágrimas, a vuestros recuerdos, al trájico acontecimiento que hoi deploramos? ¿Qué palabras podrán ser proporcionadas a vuestro dolor? ¿Cómo podré dar un alivio a tantas emociones, una esperanza a tanta afliccion?

(1) El señor Presidente de la República.

(2) El señor Arzobispo de Santiago.

¿Cómo os haria yo apartar en este instante la vista de aquel Calvario, regado con tanta sangre inocente; de esas ruinas hacinadas por la mas inaudita catástrofe, y a cuyo rededor parecen vagar errantes las desgraciadas víctimas, tendiendo sus brazos para que las amparen, y sentirse aun los doloridos ayes y el estertor de los que agonizan?

¡Católicos! no pretendo yo agravar el peso de vuestro justo sentimiento, y ménos intento pintáros los horrores de aquella noche cruel. Para vosotros, para mí mismo vengo a buscar los consuelos de la relijion, único consuelo verdadero, al pié de los altares, en la casa de nuestro padre Dios, de donde parten raudales de esperanza. En nuestra angustia pedimos al Supremo Hacedor, con toda la ternura de nuestro corazon, despedazado por el mas terrible dolor, paz eterna para los que ya no existen y consuelos oportunos para los que en esta triste vida esperamos aun el dia de la inmortalidad.

La verdad mas consoladora y capaz de mitigar nuestro dolor es el creer que la afliccion pasajera de nuestros hermanos se ha convertido en una eterna dicha. Por un momento de angustias, han ganado una paz inmortal. *Et aestimata est afflictio exitus illorum; illi autem sunt in pace* (1). Este es todo mi consuelo y todo el pensamiento de mi oracion.

No insultaré vuestro dolor buscando en esta plegaria los frívolos adornos de la elocuencia humana. El asunto habla por sí mismo y con escesiva elocuencia. El llanto, los profundos jemidos, las tiernas súplicas, los cantos lúgubres, los vestidos de duelo son el lenguaje propio de tanta desgracia. Yo necesitaria de los tristes ecos del profeta elejíaco de Jerusalem y de sus ruinas. ¡Noche terrible! ¿con qué te compararé? ¡Oh, dia lamentable que en todos los siglos entristecerá con un lúgubre aniversario una de nuestras mas

(1) De la Sabiduria, III.

bellas fiestas! ¡Oh, vanidad de la vida! ¡Oh, sorpresas de la muerte! ¡Oh profundidad de los consejos de Dios!

Inútilmente emplearía este precioso tiempo destinado a las lágrimas en probáros la existencia de la vida futura. ¡Gracias a Dios! me dirijo a una asamblea de católicos que aman y reverencian la infalible enseñanza de la santa iglesia romana. Y si en este numeroso auditorio que me escucha hubiera uno solo que negara el mas fundado y consolador de nuestros dogmas relijiosos y filosóficos, yo le preguntaría: si no tienes fé, si careces de esperanza, ¿qué vienes a hacer aquí? ¿Acaso a aumentar nuestro dolor y arrebatar nuestro único consuelo? Pero nó; de los lábios de todos se eleva hácia el cielo ese grito magnífico de una fé respetuosa y sumisa: *Credo*, sí, ¡yo creo!

Entremos, pues, católicos, en el espíritu de la triste ceremonia que nos reúne al pié de esta tumba.

## II.

Es cierto: nada hai mas doloroso en la vida, que la separacion producida por la muerte, aun cuando ésta se acerque con repetidos anuncios. Y ¿qué necesidad tengo yo de decirlo en este momento? Pesada es la cadena de infortunios que arrastramos desde la cuna hasta el sepulcro. Los trastornos de la fortuna, los accidentes imprevistos, la pérdida de caudales adquiridos con mil trabajos y fatigas, pueden en verdad arrancárnos muchas lágrimas. Mas, cuando la mano de la muerte viene a arrebatar de nuestro lado a seres que tiernamente amamos; cuando viene a privarnos, y de improviso, de mil hermanos y amigos, ¡ah, señores! entónces podemos sentir bien el peso del destino humano, y sin quererlo, de nuestro pecho oprimido se eleva hácia el cielo el clamor del desgraciado amalecita: *Siccine separat amara mors?* (1). ¿Así es cómo la amarga muerte separa a los hombres?

(1) Reg. XV, 62.

Cada vez que la sagrada escritura nos habla en sus inspiradas pájinas de semejantes dolores, pide al corazon humano sus mas tiernos acentos y sus ecos mas doloridos. Ya es Jacob, llenando de amargura los últimos años de su vida, porque llora a un hijo que cree muerto (1); ya es David, maldiciendo las montañas de Gelbóe, porque en su cima ha perecido el escudo de los valientes, Jonatas, el amigo de su corazon (2), o bien exhalando el grito mas doloroso que ha salido del corazon de un padre: *Absalon, hijo mio, ¡ojalá que yo hubiera muerto por tí!* (3).

En tales angustias, inútiles son los consuelos humanos. Solo Dios es capaz de mitigar tan gran dolor. Solo el cielo puede enjugar nuestras lágrimas. Solo la relijion, con sus sublimes máximas, puede templar nuestro quebranto. ¡Qué! ¿Acaso la muerte viene a romper todos los lazos que unen a los hombres? ¿Acaso nuestros clamores no pueden llegar hasta el lugar que ahora habitan los que hemos perdido? ¿Nada podemos deponer sobre la tumba de nuestros hermanos?

### III.

En el seno de la Divinidad hai, católicos, una estrecha comunicacion entre los miembros de la gran familia humana. La fraternidad cristiana abraza a la humanidad entera en la tierra y en el cielo, en la felicidad y en el infortunio. Donde hai una desgracia que socorrer, allí acude la caridad llevando el auxilio de los que pueden aliviarla. La iglesia católica es una grande y magnífica sociedad que va del tiempo a la eternidad, y que, abrazando con una misma cadena a los que todavia combaten sobre esta tierra, a los que ya han sido recompensados en el cielo y a las almas que sufren en el purgatorio, los une estrechamente a todos por los lazos de un divino amor. En presencia de tan bella armo-

(1) Gen. XXXVII, 34.

(2) II Reg. I, 21.

(3) II Reg. XVIII, 32.

nia, los horrores de la muerte, por cruel que ella sea, reciben un dulce lenitivo. La piedra de la tumba no es una barrera de eterna separacion. La muerte aparece entónces cual un lijero sueño, y de cada uno de nuestros hermanos difuntos podemos repetir lo que el Salvador decia de la jóven hija de Jairo: no está muerta sino que duerme. *Non est mortua puella, sed dormit* (1).

Esta comunicacion de las criaturas intelijentes en el seno de la Divinidad es una tradicion universal del jénero humano, tradicion ligada con los sentimientos mas íntimos y más dulces, pintada por todos los historiadores, cantada por todos los poetas, inmortalizada en el lienzo y en el mármol por innumerables artistas, reconocida por todas las tradiciones y espresada en todos los cultos con ceremonias solemnes.

Así es que si los queridos hermanos que hemos perdido en esa aciaga noche gozan en este instante, como lo espero, de la vision de Dios, podemos conservar con ellos una utilísima comunicacion, invocando su amistad; y si por las faltas propias de la humana flaqueza sufren aun detenidos en el lugar de la espiacion, tenemos tambien el no ménos grato consuelo de aliviar sus tormentos con nuestras súplicas y nuestras lágrimas, con nuestros sacrificios y nuestras buenas obras.

#### IV.

Sí, yo me figuro verlos al pié del trono de Dios, cubiertos con vestiduras blancas y llevando en su mano la palma de su martirio; porque, segun el Apocalipsis, “han ido de una gran tribulacion, y lavaron sus vestiduras en la sangre del Cordero; por esto servirán a Dios dia y noche en su santo templo, encargándose el mismo Señor de enjugar las lágrimas de sus ojos. *Et absterget Deus omnem lacrymam ab oculis eorum* (2). Y a la verdad, todas las circuns-

(1) Mattheo IX. 24.

(2) Apocal. VII. 34 et seq.

tancias de su muerte contribuyen a radicar en nosotros tan placentera convicción. Porque, ¿quiénes son los que han muerto? ¡Ah, católicos! lloremos nosotros al vernos privados de su compañía en la tierra. Sintamos su muerte los que no sabemos imitar sus virtudes. ¿Quiénes son, pues, los que han perecido? Bien lo sabeis, porque todos lo repiten en público y en privado. Han sufrido la muerte las personas mas piadosas de nuestra sociedad, personas reconocidas por su vida caritativa, laboriosa, modesta y ejemplar, modelos de las mas bellas virtudes. Hablad, vosotros, deudos atribulados, y contadnos para dar gloria a Dios, cuán sincera era su piedad, cuán entusiasta su caridad, cuán heroica su abnegacion. Todos repiten a la vez que han perdido el ejemplo, el modelo de su familia y de su casa; que se ha apagado la antorcha mas luminosa, y que ha sido segada la flor mas fragante. ¡Ah! Y si pudiéramos nosotros correr ese velo que oculta tántas virtudes que solo eran conocidas por Dios; si nos fuera lícito, para consolaros, abrir en esta vez nuestros labios sellados con el mas riguroso secreto, quizás entónces mirariáis los restos de muchas de esas víctimas con la misma veneracion que los primeros cristianos reverenciaban los despojos de los mártires; quizás entónces, enjugariáis vuestras lágrimas diciendo: «A nuestros ojos aparecen muertos, pero ellos están en la paz.» *Illi autem sunt in pace.*

¿Os revelaremos todavía mas? Muchos de vosotros lo habeis visto. Al recorrer esos tristes lugares despues de la tempestad, al recojer esos restos preciosos, templos poco ántes del espíritu de Dios, ¡cuántas veces la admiracion y la sorpresa embargaron vuestras facultades, al ver caer de esos cuerpos devorados por la llama mas cruel, los cilicios y otros instrumentos de penitencia, con que muchas de esas víctimas crucificaban su carne y purificaban su espíritu!... ¡Qué asombro al ver, bajo la rica gala, oculta tánta mortificacion! Señores, bien lo sabeis: en aque-

llos sublimes momentos, hubo ejemplos de heroica virtud. Hubo mártires de la pureza, que prefirieron volverse a las llamas, por no permitirles su recato presentarse en público en el estado en que se hallaban. Tambien hubo víctimas de amor filial. ¡Virtuosa jóven, que espiraste por salvar a tu venerada madre, que no pueda yo revelar tu nombre e inmortalizar tu memoria! ¡Dadme coronas para ceñir la frente de almas tan puras! ¡dadme flores para esparcir sobre sus sagradas tumbas!

Apresurémonos a erijir en su honor un monumento digno de tanta virtud en el lugar santo en que han sido depositados sus restos; y que los siglos futuros contemplen admirados, no solo sus virtudes, sino tambien el justo tributo de nuestro amor.

## V.

En qué momento han perecido? Precisamente cuando los sentimientos de la piedad mas tierna les llamaba a honrar a su querida Madre, la Vírjen María, Reina de los mártires y Consuelo de los aflijidos. En el dia mas grato para el corazon chileno, el dia aniversario de la declaracion de aquel misterio que proclama a María Inmaculada. Sí, era el momento mas solemne del culto de María. Durante un mes no interrumpido habian honrado y amado a tan buena Madre. En tan largo tiempo se habian esforzado en practicar las mas bellas virtudes, cultivando en el jardin de su corazon las flores espirituales. Llegaba el momento de presentar a la Reina de los cielos la corona formada con tan hermosas flores y alegres marchaban a deponerlas a sus piés; y María, no lo dudo, habrá ceñido sus frentes en la patria inmortal con esas mismas coronas que ellas le presentaban. Almas felices, decidnos ¿cuál fué vuestra admiracion al véros en un instante en presencia de vuestra Madre, oyendo los cánticos de esa Sion feliz? No habiais mil veces repetido que queriais la muerte ántes que faltar a vues-

tras promesas? Cantad entónces el himno de vuestro triunfo, miéntras que los ancianos se prosternan, los mártires ajitan sus palmas, las vírjenes bendicen al Cordero y los ángeles mueven sus incensarios de oro.

## VI.

¿Cómo se habian preparado para la muerte?

Permitidme, señores, os revele lo que yo sé y lo que he oido repetir a mis hermanos en el sacerdocio.

Como el cristiano fiel se considera en la tierra cual viajero, siempre está pronto a salir de esta vida y presentarse ante los umbrales de la eternidad. Mira este mundo como una prision y todo su deseo es atravesar los espacios que le separan de aquel feliz lugar, a donde quiere irse toda alma, cuando, dilatada por toques misteriosos, irradiada por los destellos de una belleza infinita, con ansias de un amor perfecto, se siente tiranizada en este suelo y detenida por la mano del tiempo, que la estorba unirse eternamente con el único objeto de su amor.

Cual si una voz siniestra hubiera predicho la horrible catástrofe y recorriendo los negros muros de ese triste templo hubiera gritado: «voz del oriente, voz del occidente, voz del septentrion, voz del mediodia, ai del pueblo, ai del templo!» casi todas esas almas que hoy ya no existen en la tierra, se habian apresurado a confesar sus culpas con las mas expresivas muestras de dolor. ¡Qué! ¿el ángel de la muerte habria batido sobre ellas sus negras alas y les habria hecho oír su terrible voz? Tú solo, Señor, sabes las inspiraciones felices que comunicas a tus escojidos! Lo cierto es que mas de una, al separarse de su casa, presentia no habia de volver jamas.

Cual se distribuia el pan de vida a los condenados al martirio en los primeros siglos de la iglesia, mil, dos mil, tres mil y mas todavia, acudieron a recibir el sagrado viático, en ese mismo templo, en la víspera y en el dia de su

muerte. ¡Ah! ¡ignoraban que se hallaban sobre sus tumbas! Lágrimas abundantes de amor y de resignacion bañaban en esos momentos sus mejillas. Y cuando el sacerdote, al verlas arrodilladas al pié del altar y mostrándoles en sus manos la hóstia consagrada, les decia: este es el cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo que os custodiará hasta la vida eterna; *Corpus Domini nostri Jesu-Cristi custodiat te in vitam aeternam* (1), ellas exhalando amor por esa vida que jamas termina, responderian intrépidas: *Amen!* ¡que así sea! Alimentadas con tal manjar, sintiéronse fuertes con fuerza divina y en su enérgico amor habrian desafiado las iras del mas cruel tirano y habrian subido al patíbulo a morir por su Dios. Su deseo llamó el martirio. Fué terrible; pero al fin vencieron y ahora son felices: *illi autem sunt in pace.*

## VII.

¿En qué lugar murieron? Allí donde deseariamos todos dar nuestro último suspiro, en la casa del Señor, en el lugar sagrado y en presencia del tabernáculo de su Dios. Mas sentian que las llamas abrasasen el *Sancta Sanctorum*, que el que se cebase en sus propios cuerpos. Lloraban la desolacion del santuario y el que las crueles llamas devorasen hasta el mismo tabernáculo en que residia el Dios sacramentado.

Sus últimos sufrimientos, ofrecidos en espiacion de sus pecados aplacarían a la Divina Justicia. Estos sufrimientos, tolerados con resignacion, sí, con resignacion heróica, colmarían las medidas de sus buenas obras y aumentarían en grado inmenso sus merecimientos. El martirio fué sufrido con resignacion, y ¿quién lo ignora? No lo habeis oido decir a algunas de esas personas que volvieron, por decirlo así, de la otra vida para contarnos lo que allí vieron y oyeron?

(1) M. Rom.

¡Qué actos de tan fervorosa contrición! ¡qué suspiros tan tiernos! ¡qué resignacion tan heróica! No visteis, a la luz de esa formidable hoguera, a muchas víctimas arrodilladas en accion de súplica, tender al cielo sus brazos y como si murmuraran sus lábios aquellas palabras del profeta: «¡cuán hermosos son tus tabernáculos, Señor, Dios de las virtudes, cuán hermosos son! ¡Mi alma desfallece al contemplarlos!» Y pronunciada la súplica, inclinaban su cabeza esperando el golpe mortal.

¡Altare sagrados! vosotros las visteis postradas a vuestros piés ofrecer resignadas el sacrificio de su vida e implorar las divinas misericordias! Fuisteis el mejor asilo a sus almas aflijidas y sus miradas moribundas se fijaron en vosotros. ¡Santos lugares de la penitencia! su postrer consuelo fué recordar que allí mismo habian escuchado las sublimes palabras del perdon! ¡Cátedra de la verdad divina! las enseñanzas de la fé animaron su corazon en sus últimas agonías. ¡Jesus benigno! al véros clavado en el patíbulo, bebieron con alegria el amargo cáliz que les presentaba el ángel esterminador, y como vos, repitieron el *fiat voluntas tua!* (1); y cuando creyeron ver las ruinas del universo todo, conmovidos los elementos y el cielo cayendo sobre sus cabezas, como vos agregáron: *Consummatum est!* (2). Y en ese mismo instante, la soledad de los sepulcros, el llanto, la desolacion y la muerte fijáron en aquel lugar su morada. Solo se ve ya melancólicas ruinas, hacinados escombros, montones humeantes, los restos de los mártires, las piedras del santuario!... Mi voz se ahoga en el pecho y a mis tristes ecos parece respondieran los clamores de tántas víctimas, consumidas en tan formidable hoguera.

¡Ah, noche infausta! ya que cubriste con tu oscuro seno tanta desgracia, ¿por qué no ocultaste para siempre con densas tinieblas esas tristes ruinas? ¡Ojalá que el sueño poderoso

(1) Matth. XXVI, 42.

(2) Joan. XIX, 30.

del olvido borre de nuestras páginas el aciago 8 de diciembre de 1863.....!

### VIII.

¡Oh, vosotros los que fuisteis sus padres, hermanos o amigos en la tierra! no lloreis a vuestros hijos y amados hermanos, porque ellos no han muerto, sino que viven. A los ojos del mundo, han aparecido muertos, *visi sunt oculis insipientium mori*; pero sus almas están en las manos de Dios, y el tormento de la muerte no les ha alcanzado, *in manu Dei sunt et non tanget illos tormentum mortis*. Hemos mirado su muerte como una calamidad, el camino por donde han marchado, al separarse de nosotros, ha parecido que les conducía al esterminio *et extimata est afflictio exitus illorum, et quod a nobis est iter esterminium*. Pero nó, sus almas están en la paz, en la alegría, en la serenidad de Dios, *illi autem sunt in pace*; y su esperanza es llena de vida y de inmortalidad, *spes illorum immortalitate plena est* (1). Purificados por la sangre del Cordero y por su propia sangre, no han hecho mas que conquistar con su muerte una vida inmortal. Allá, en el cielo, en esa patria de las almas grandes, viven en el seno de Dios, mezclan su voz a los cantos de los ejércitos anjélicos y arrojan a los piés del Cordero Inmaculado, Príncipe de los mártires, sus palmas y sus coronas.

### IX.

Cesen, pues, católicos, nuestros jemidos; mitiguemos nuestro amargo dolor y elevemos al cielo nuestras plegarias para que, si alguno de nuestros hermanos jime aun en el lugar de espacion, salga pronto purificado por los méritos infinitos de la Víctima Divina que acabamos de inmolar. La oracion, hija del amor y de la esperanza, la oracion que se exhala de los lábios del hombre, llena de gracia y de fuerza,

(1) Sap. III, 1 et seq.

teñida con la sangre de Jesucristo, salva el espacio, hace callar la justicia de Dios y hace hablar a su infinita misericordia. Reguemos tambien su tumba con abundantes lágrimas de sincero amor. ¿Qué no podemos alcanzar con nuestras lágrimas? Una lágrima enternece lo mas duro, desarma lo mas cruel, abate lo mas fuerte. Dios aprecia en tanto nuestras lágrimas, que se deja vencer por ellas, pues encadenan sus brazos y triunfan de su corazon.

Ofrecémosle, sobre todo, el tributo de nuestras buenas obras; y desde luego, nada podemos hacer que le sea mas grato que el socorrer con nuestras limosnas a los infortunados que quedan sin socorro despues de haber perdido a sus padres, a sus hermanos y a sus protectores. Hai madres privadas de sus hijos, hijos desamparados, sin un pan para saciar el hambre, sin abrigo en su desnudez, sin consuelo en su horfandad. A vosotros toca socorrerlos. Dad y dad abundantemente, pues teneis mas de lo que podeis necesitar. ¡Qué! ¿podrá vuestro corazon permanecer tranquilo en medio del fausto y de la opulencia, sabiendo que hai a vuestro lado quien jime en el hambre y en la desnudez?

Y nosotros todos, al pié de esta tumba silenciosa, recojamos la severa leccion que la Providencia nos envia. Los juicios de Dios son abismos impenetrables. Premia o castiga a las naciones, segun la correspondencia que dan a sus beneficios. Esto nos lo atestigua la historia. Ignoramos los designios del Omnipotente, al elevar al colmo de la gloria a las naciones, o al sumerjirlas, cuando ménos lo esperaban, en la desolacion y en el llanto. Solo sí sabemos que la série de los acontecimientos humanos está de tal modo dispuesta, que todo sirva para nuestro bien. Y ¡qué emociones tan saludables no experimentamos al contemplar esta sin igual desgracia! ¡Quién podrá fiarse en la robustez de su naturaleza, en las precauciones del arte, en el mas diligente cuidado! ¡Quién podrá figurarse de que está mui distante de su morada la terrible parca, al contemplar hoi a tantas caras

vidas segadas en la flor de la edad! Ignoramos si el sol que hoy nos alumbrará volverá mañana a contemplarnos en la oscura fosa, y si los suspiros que hoy nos arranca la muerte de nuestros hermanos van muy pronto a repetirse por nuestra propia muerte! Estad siempre prontos, nos dice el Evangelio, *estote parati* (1), porque no sabéis ni el día ni la hora, sino que el Hijo del hombre vendrá cuando menos lo penséis, *qua hora non putatis Filius hominis veniet* (2). Infeliz de aquél que en tan terrible momento pueda decir: he contado las noches del dolor y mis manos están vacías de méritos y llenas de faltas; mis días han concluido y no he alcanzado a ver la dicha. Como el humo han desaparecido, y cuando miré a mi alrededor me encontré entre el polvo del sepulcro. Lloré, pero todo fué en vano (3).

«¡Quiera Aquél que guarece del viento al cordero esquilmado dignarse consolar a los desamparados y aflijidos, y esta tremenda dispensación de su Providencia recuérdenos en todo momento la inestabilidad de la vida y la necesidad de hallarnos siempre preparados para acudir a su llamamiento! (4).»

## X.

¡Almas queridas cuya muerte deploramos! delante del Señor, rogad por nosotros. Recia fué la tempestad; pero al fin habéis llegado al puerto, mientras que nosotros vagamos todavía en este proceloso mar. Vuestro sacrificio, vuestra sangre, vuestros clamores, vuestra muerte han de ser para la patria, para nuestros hermanos, fuente fecunda de inmensos bienes. ¿Qué no hareis por nosotros? ¿Qué no podremos esperar de vuestras súplicas? Mientras que, sumerji-

(1) Luc. XII, 40.

(2) Luc. id.

(3) Job.

(4) Bellas palabras del honorable señor don Thomas H. Nélsón, Ministro de Estados Unidos, en su pésame al Supremo Gobierno por el funesto incendio de la Compañía. ¡Qué lección para muchos de los nuestros!

dos en la mas amarga pena, recordamos hoi vuestra muerte, alcanzad del Señor el consuelo necesario para los que aquí quedan en el mas terrible dolor.

Y ahora, solo me resta una palabra, la palabra de la separacion y de la tristeza, la palabra del último y solemne adios!...

¡Adios, víctimas queridas! ¡Adios, en nombre de cuanto amasteis en la tierra! ¡Adios, en nombre de vuestros padres, de vuestros hijos, de vuestros esposos y de vuestros amigos, que solo sienten no habéros estrechado en sus brazos ántes de la partida! ¡Adios, en nombre de esta relijiosa ciudad, que queda cubierta de luto, silenciosa y triste, lamentando vuestra muerte! ¡Adios, en nombre de la Iglesia chilena, vuestra querida madre!

Miéntras nos dure la vida, vuestro recuerdo jamas se borrará de nuestros corazones; y, al dejar esta tierra de dolor, legarémos a las jeneraciones venideras nuestra veneracion y nuestro amor hácia vosotras. Vuestro sepulcro será eternamente glorioso. Una y mil veces regarémos con nuestras lágrimas ese recinto sagrado, santificado con vuestra sangre, ensordecido con vuestros lamentos. Una y mil veces besarémos el polvo de vuestra tumba, respirando el aroma de vuestras virtudes y recojiendo en ella el soplo de vida y de inmortalidad que os anima.

¡Adios y por última vez adios!

¡Que los apóstoles, los mártires, las vírjenes y la Reina de todos ellos salgan a vuestro encuentro y os reciban en la eternidad!

---

# ORACION FÚNEBRE

QUE PRONUNCIÓ

EL PRESBITERO Dr. D. MARIANO CASANOVA,

EN LAS EXEQUIAS CELEBRADAS EL 6 DE DICIEMBRE DE 1864

EN LA IGLESIA METROPOLITANA

CON MOTIVO

DEL PRIMER ANIVERSARIO DEL INCENDIO DE LA COMPAÑIA,

EL 8 DE DICIEMBRE DE 1863.

---

*Quam incomprehensibilia sunt judicia ejus et investigabiles viæ ejus! (Ad Romanos, XI. 33.) Nunc autem manent fides, spes, charitas; tria hæc. (I Ad Corinthios, XIII. 13.)*

¡Cuán incomprensibles son, Señor, tus juicios! ¡Cuán investigables tus caminos! Más nos quedan estas tres virtudes: la fé, la esperanza y la caridad.

SAN PABLO.

ILMO. Y RMO. SEÑOR:

Ved aquí, católicos, todo lo que podemos deciros para vuestro consuelo, al recordar solemnemente la más grande de nuestras desgracias.

Un año ha pasado, desde que la luz horrible de esa pira fúnebre que redujo a cenizas existencias tan queridas, alumbró nuestra ciudad, dejando ver escenas que el sol jamás había presenciado.

Un año ha pasado, desde que mil madres supieron en un mismo instante que no volverían a estrechar en su corazón a sus hijos queridos; desde aquel terrible momento en que la desolación y la muerte fijaron su morada entre nosotros, y en que nos vimos turbados, mudos e inmóviles, en presencia de esos escombros humeantes, de esos cuerpos hacinados, sintiendo esos doloridos ayes que desgarraban el corazón. I si un esfuerzo de dolor nos hizo interrumpir tan triste silencio, con una voz entrecortada por sollozos apenas pudimos esclamar: *quam incomprehensilia sunt judicia ejus!* «Señor, ¡cuán incomprensibles son tus juicios!» Entónces, lloró la ciudad y se cubrió de luto, sin querer admitir consuelo. Lloró la patria y se detuvo horrorizada. Lloró el mundo todo, y dió un largo y profundo jemido, contemplando nuestra desgracia.

Y aun ahora mismo, cuando la tranquilidad domina nuestros ánimos ¿quién, sería capaz de explicar tan trájico acontecimiento? ¿quién se atrevería a manifestar los designios de Dios al sumerjirnos de improviso en la aflicción más profunda? Mucho hemos pensado, mucho hemos escrito, nosotros y el mundo todo, sobre tan tremenda calamidad, y ¿qué es lo hemos avanzado? Una sola cosa, ¡Señor! *que vuestros juicios son incomprensibles!*

Lo confieso, señores. Nunca he sentido mayor dificultad para hablar, que al ocuparme en un asunto que, a primera vista, parece el más apropósito para recibir los adornos de la elocuencia.

¿Que os volveré a decir en esta ocasión que corresponda a la magnitud del suceso? ¿Os pintaré los horrores de la desgracia? Y qué necesidad tengo yo de contaros lo que vosotros visteis, y de recordaros lo que ojalá no estuviera tan profundamente grabado en vuestro corazón?

La herida aun mana sangre, las lágrimas no han sido aun enjugadas, la pena no ha sido mitigada cumplidamente, para que traiga a vuestra memoria tan horribles escenas...

¿Os recordaré las virtudes de las victimas? Ellas no necesitan ni de panejóricos ni de apolojistas. Ya Dios las ha juzgado, despues de hacerlas sufrir su purgatorio en vida; y ahora, así lo deseo, están en su gloria, *encargándose El mismo de enjugar las lágrimas de su ojos* (1). El mundo tambien las ha juzgado, porque, para que su triunfo fuera más espléndido y su virtud apareciera más brillante, Dios ha querido que su memoria pasase ademas por el crisol de la persecucion, y su doble martirio ganó doble corona; en el cielo y en la tierra.

Como verdaderos cristianos, entremos en las vias de la Divina Providencia; y para que el momento terrible del aniversario no nos sorprenda con sus visiones, ni nos abata con sus terrores, agrupémonos todos, grandes y pequeños, al pié de los altares del Omnipotente, árbitro de los destinos humanos, y llevemos a nuestras almas conturbadas el alivio de la inspiracion divina.

Yo veo hoi a las mas bellas virtudes del cielo cobijar bajo sus alas nuestros infortunios, y la FÉ, la ESPERANZA, y la CARIDAD (2), irradiando su luz divina sobre nuestra desgracia, nos obligan a adorar humildemente los designios de la Divina Justicia.

La fé nos deja entrever los esplendores de la eterna vida. La esperanza nos consuela con su grata mirada. La caridad lleva nuestros votos hasta la morada de nuestros hermanos, y se levanta como una blanca aurora sobre nuestros pesares, para hacer ver el cielo a nuestros ojos bañados en lágrimas.

¡Que éste sea el tributo de amor que hoi depongamos sobre la tumba de nuestros amigos y el abrazo de tierna amistad que demos a sus manes venerandos!

(1) Apoc. XXI, 4.

(2) En la úrna fúnebre estaban escritas estas únicas palabras: FÉ, ESPERANZA y CARIDAD.

I.

Si hai, señores, algun momento en la vida en que necesitamos imperiosamente de la fé, es sin duda cuando la tribulacion nos visita. Miéntras somos felices, buscamos solo los medios de aumentar nuestra dicha; pero cuando sufrimos, sin quererlo miramos al cielo y nuestros labios pronuncian la oracion que todo ser envia a su Criador al despertar a la vida, diciéndole: *¡Padre Nuestro!*

Y en verdad, ¿qué viene a ser la vida para aquel que al traves de su desgracia no divisa un reflejo del cielo? ¿Qué se podrá decir, para consolar a quien con la muerte de sus padres o amigos lo ve todo concluido para siempre? El sepulcro, la destruccion, la nada; ved aquí lo que únicamente se presentará, cual horrible fantasma, a su espíritu atribulado. Nada tendrá que ofrecer a los manes de los que fueron; nada, sino el hedor del sepulcro y las convulsiones de la desesperacion más cruel. Para un impío, no hai más consuelo en la muerte, que la misma muerte.

Empero, Dios que ha hecho el corazon del hombre y que por lo tanto conoce profundamente su debilidad y miseria, siempre que le envia el sufrimiento, hace caer al mismo tiempo, algunos resplandores de su gloria; y si alguna vez nos acercamos a las tumbas, divisamos a los ángeles del cielo velando esas fúnebres moradas, y entónces, en vez de espantosos terrores, la paz reposa en nuestra alma. Y si en medio del profundo silencio que reina en las rejiones de la muerte creemos sentir alguna palabra misteriosa, es la más consoladora de todas: *¡Resurreccion y eterna vida!*

Por esto, mi alma ha recibido un grato consuelo cuando he visto en el centro de la fosa comun en que reposan los sagrados restos de los que hoi lloramos, la Cruz del Cristo tendiendo sus brazos para asilar bajo su sombra a tantos despojos queridos, de vuestras esposas, de vuestros hijos, de

vuestros amigos. La he visto, y me ha parecido que a su rededor estaba la vida y no la muerte; y he creído sentir en dulces ecos aquellas gratas palabras: *nolite timere!* (1); no temais, porque la tumba es la cuna de la inmortalidad. Sus cuerpos yacen en el polvo; pero sus almas son inmortales. Levantad vuestra cabeza, mirad; nuestros amigos solo han dejado aquí sus despojos; creyeron en el Cristo, y *el Cristo es la resurreccion y la vida* (2).

¡Oh, relijion, oh, fé católica y divina! ¡Relijion admirable! ¡mil veces admirable, porque sabes consolar! Tú sola puedes decir teniendo a la muerte rendida a tus piés: *Ubi es, mors, victoria tua?* (3). ¡Oh, muerte! ¿en donde está tu victoria?

Sí, señores; la fé en la vida eterna es hoy nuestro primer consuelo. I vuestra presencia al pié de esta tumba silenciosa es ante todo una profesion solemne de fé en la eterna vida. Porque, si así no fuera, ¿qué habriais venido a hacer aquí? Vuestra súplica no puede atravesar los espacios si no va llevada en las alas de esta gran verdad: *Yo creo en la resurreccion y en la vida eterna.* (4).

La muerte es tan solo la separacion del alma de este cuerpo, lleno de inclinaciones viciosas y desarregladas. La muerte es el principio de la verdadera vida, la vida divina, la vida del espíritu en el seno de Dios. Miéntras vivimos en la tierra, solo somos pobres peregrinos, hasta que llegue el dia venturoso de la patria eterna y feliz. Miéntras vivimos, debemos ocuparnos en alcanzar aquel mundo invisible que es el reino de Dios, trabajando con una conviccion tan enérgica y tan fuerte, como si ya estuviera a nuestra vista, como si se tratára de los países vecinos o de los pueblos comárcanos. En esta bella idea descansa nuestra fé. Si no hubiera otra vida, ¿qué sentido tendrían las palabras mas

(1) S. Lucas II, 10.

(2) S. Juan XI25.

(3) I Ad. Cor. XV, 55.

(4) Símb. apost.

sagradas, Dios, la gracia, la iglesia, los sacramentos, los sacrificios y las buenas obras? El cristiano, que es el verdadero justo en la tierra, *vive de la fé* (1); y la fé, segun el gran apóstol, es *la que nos hace presentes las cosas que esperamos y la que nos convence de aquellas que todavia no vemos* (2). *Nuestra esperanza está llena de inmortalidad* (3) y *nuestro propio cuerpo se cubrirá con la misma inmortalidad* (4). Sí; hasta nuestro cuerpo tendrá un dia a su modo los dotes de los espíritus. Arrojado a la tierra de que fué hecho, padecerá primero la descomposicion; pero cual la semilla se reanima en sus propias cenizas y abre, planta lozana, la tierra, y se cubre de hermosas y fragantes flores, así tambien nuestro cuerpo se levantará un dia glorioso e inmortal del seno de la tumba, y brillará mas que el sol en medio dia.

La verdad de la existencia de otra vida, feliz o desgraciada, segun sean nuestras obras, se apoya ademas en la sabiduría y justicia de Dios, que ha debido dar a sus leyes una conveniente sancion, proporcionada a los deberes que impone, ya que en esta vida el vicio marcha coronado y la virtud llorosa. Se apoya tambien en la necesidad en que está el Supremo Hacedor de satisfacer de un modo cumplido los deseos de felicidad eterna, que el mismo grabó en nuestras almas. Se apoya finalmente en la voz unánime de todos los siglos y de todos los pueblos, bárbaros y civilizados, que han ocupado el mundo, y entre quienes el culto de los muertos y la necesidad de orar por ellos al cielo ha sido universal. En todas partes encontramos preces, ceremonias, ofrendas y sacrificios. La Grecia, con su imaginacion risueña, ceñia la frente de los difuntos con frescas rosas y esparcia perfumadas flores sobre su sepulcro. Roma pagana, con su jénio varonil y severo, hacía combatir a los gladiadores sobre las tumbas, creyéndose así rescatar la muerte con la muerte.

(1) Ad Hebr. X. 38.

(2) Ad Hebr. X, XXI.

(3) Sap. III, 4.

(4) 1.ª ad Cor. XV, 54.

El religioso judío embalsamaba sus difuntos, y sentado sobre la piedra mortuoria, se consolaba con ofrecer sacrificios al Dios de Abraham, de Isaac y de Jacob, y con repetir que era *santa y saludable la oracion por los difuntos*.

Si la vida no fuera mas que esta larga série de desgracias, nadie querría vivir, y todos a la vez repetiríamos con el sábio: «Alabo a los muertos mas que a los vivos, y sobre todos a aquel que no ha nacido (1).»

Puede ser que haya quien niegue en la vida la inmortalidad de su alma; pero en el lecho de la muerte, al sentir las luchas del espíritu, al divisar ese caos que sigue mas allá, hasta el orgulloso inclina su cerviz y reconoce a Dios. ¡Quiera el cielo que su adoracion tardía sea aceptada, y que su arrepentimiento no sea solo el grito del dolor desesperado!

Nuestros hermanos viven pues aun y son quizás mas felices que nosotros. Nos llaman, nos convidan, nos tienden sus manos, no ya suplicantes cual en aquella aciaga noche, sino para manifestarnos la dicha que ganaron con su tormento. Un dia, que puede ser no diste mucho, los volveremos a ver y los estrecharemos en nuestros brazos. Deudos atribulados, esperad: un instante mas, y vuestros hijos estarán a vuestro rededor sin peligro de separarse por toda la eternidad. O, si bien les resta todavia alguna pena que pagar a la Divina Justicia por las faltas propias de la humana flaqueza, la religion nos presenta la esperanza de mitigar sus angustias en la otra vida con nuestras fervientes súplicas y buenas obras. La fé trae ya pues a nuestra presencia a su hermana inseparable: ¡la esperanza!

## II.

La sociedad que el Cristo vino a fundar en la tierra es, señores, la sociedad mas grandiosa que se pueda imaginar. Dios es su origen y su fin; su estension abraza los cielos y la

(1) Eclesiastes IV, 2.

tierra, y su duracion es la de la eternidad. Atraviesa ahora el mundo visible para llevar a los hijos de Dios al mundo espiritual e invisible. Vivimos, en el mundo de los sentidos, rodeados de la atmósfera del mundo espiritual y en calidad de cristianos estamos a toda hora en comunicacion con él. Empero, el mundo material no encierra mas, dice un sábio teólogo (1), que un fragmento de la iglesia de Dios. La tierra, el cielo y el purgatorio le pertenecen; solo el infierno no participa de su amor porque el proceso de los condenados ha sido ya concluido. Al pisar los umbrales del abismo, *dejaron fuera toda esperanza* (2). Al cielo solo entran los que mueren, despues de haber satisfecho cumplidamente a la Divina Justicia. Allí van los que triunfaron con Jesucristo. Mas, ¿a dónde irán los que no han alcanzado a satisfacer como debian por sus culpas? La esperanza cristiana nos enseña que está colocado entre el cielo y el abismo, el purgatorio; mediante esa escala ya nos es mas fácil subir al cielo.

El dogma del purgatorio es uno de aquellos dogmas que forman parte de la revelacion primitiva que Dios hizo en el principio del mundo y que los pueblos llevaron consigo en su dispersion. La historia de la humanidad nos atestigua que, en todos los tiempos y en todos los lugares, ha sido creida esta verdad, bien que a veces alterada. «Sobre ella la supersticion ha hablado sustancialmente lo mismo que la relijion, la mitolijia como la herejia, Homero y Virjilio como San Pablo; todas las relijiones, en fin, están de acuerdo en este punto con la relijion verdadera.» (3)

No pretendo manifestaros todos los fundamentos de esta verdad revelada. Hablo a católicos y me basta recordarles que la Santa Iglesia, reunida en Trento, ha formulado solemnemente su creencia con estas palabras: «La Iglesia Católica,

(1) R. P. Faber.

(2) Dante, *Divina Comedia*.

(3) El P. Ventura.

instruida por el Espíritu Santo, por la Sagrada Escritura y la antigua tradicion de los padres, enseña que hai purgatorio, y que las almas que alli se encuentran detenidas son aliviadas por los sufragios de los fieles.» (1)

Por otra parte, nada encuentro yo mas conforme al plan divino de la religion que la existencia del purgatorio; nada mas consolador para los vivos y para los muertos.

La creencia de que el hombre pecador ha de agregar a la conversion del corazon ciertas obras exteriores de penitencia, pertenece al fondo del Cristianismo. Jesucristo no ha cumplido la obra de la redencion por una simple ofrenda interior, por un acto interno de deseo, de amor, de sacrificio. Su voluntad de rescatar al hombre fué siempre unida a la aceptacion efectiva de aquellos sufrimientos de su cuerpo y de su alma que llamamos la pasion del Salvador, y que tuvo su cumplimiento por la efusion de su preciosa sangre. Si Jesucristo hubiera salvado al mundo por una simple súplica espiatoria, podria pensarse, quizás, que así cumplida la obra de la redencion, solo suponía, como término correspondiente en el alma del pecador, el simple arrepentimiento para unirse al Cristo; mas, por la misma razon, si los sufrimientos voluntarios hacen parte del misterio de la redencion, ¿no os parece que debe tambien haber algo análogo en la conversion del pecador para que corresponda, en los límites de las fuerzas del hombre, al carácter de la espiacion infinita? Así lo enseña San Pablo, cuando dice: «Yo cumplo en mí lo que falta a los sufrimientos del Cristo.» (2)

Los sufrimientos del Redentor son, en verdad, el único principio real de espiacion, que tiene un valor no solo superabundante, sino infinito; pero es preciso que el pecador se los apropie por medio de las obras de la penitencia. Si esto es así, ¿quién podrá asegurar a la hora de su muerte que ha pagado toda su deuda a la Divina Justicia? ¿Quién ha

(1) Sesión XXV.

(2) Coloss, I, 24.

penetrado los consejos de Dios? ¿Quién, con la mano sobre el corazón, podría jurar que ha descubierto claramente la proporción que debe haber entre estos dos misterios: el misterio de la justicia y el misterio de la conciencia? El purgatorio nos da entonces el consuelo. La Iglesia nos enseña que, cuando una alma en gracia de Dios deja la tierra sin haber cumplido toda la penitencia debida por sus pecados, puede acabarla en la otra vida. La expiación en esta vida y la expiación en la otra, son de un mismo orden. La tierra es un purgatorio, y el purgatorio no es mas que la continuación de la penitencia terrestre, cuya última estación está mas allá de la tumba,

Alegráos entonces, justos que me escuchais, y vivid tranquilos a la sombra de esta esperanza. Aun cuando una muerte repentina os sorprenda con algunas manchas, tan difíciles de evitar en esta vida, hai todavía tiempo de expiación. El hijo del Cristo no puede ser desterrado de las celestiales moradas, ni el hijo de Adán puede ser admitido en la gloria, porque nada manchado puede entrar en el cielo. Si no existiera el purgatorio, no habría mas, para quien muere con ligeras faltas o sin haber pagado toda la pena, que un infierno imposible o un cielo profanado.

Esperad también, vosotros pecadores, aun cuando la estrella del arrepentimiento se haya levantado entre las sombras de vuestra última hora. En el purgatorio podreis dar cumplida satisfacción a vuestro Dios. Byron en presencia de la muerte confesó que la fé católica del purgatorio llenaba el alma de esperanza.

¡Cuántos amigos queridos no tendremos quizás en aquella lóbrega mansion! Allí, todo lo esperan de nosotros, porque ni sus súplicas, ni su arrepentimiento, ni sus lágrimas tienen eficacia delante de Dios. La sangre y los méritos del Salvador no están ya a su disposición; los dias de salud han concluido; el tiempo de la justicia ha llegado; justicia inexorable, que los tendrá en el tormento hasta que hayan paga-

do el último óbolo. El socorro solo puede llegarles si les es enviado por nosotros. Oid, pues, sus jemitos. Como los hijos de Israel, desterrados en país extraño, suspiran contemplando sus sufrimientos; lloran noche y dia sentados tristemente a las márgenes del rio de Babilonia, acordándose de Sion; han olvidado sus melodiosos cantares, y el arpa del profeta permanece muda entre sus manos. ¿Cómo cantar, esclaman, el cántico del Señor, anegados en un mar de lágrimas, cruelmente aflijido el corazón? Y si por acaso el sople benéfico de la tierra hace vibrar las cuerdas de su lira, el canto que ellos repiten es: *Miseremini mei, miseremini mei, saltem vos amici mei!* (1). ¡Católicos! ¡quizá son los dulces ecos de vuestra madre, de vuestros hijos, de vuestros amigos; que os dicen: al ménos vosotros compadeceos de nuestra suerte, y enviadnos el alivio! Y esto es, católicos, lo que nos exige la caridad cristiana.

¡Seres queridos cuya muerte deploramos! enjugad vuestro llanto. La iglesia vuestra madre no os ha olvidado un momento. Conoce vuestros sufrimientos, cuenta uno a uno vuestros suspiros y recoge en cáliz de oro vuestras lágrimas. Si los hombres os olvidan, una madre jamas se olvida de sus hijos. Ella vivirá arrodillada sobre vuestra tumba; enviará dia a dia sus súplicas al cielo, hasta que seias felices, y refrijerará vuestros huesos áridos, derramando sobre ellos la sangre del Cordero Inmaculado. ¡Oh, caridad divina, vínculo precioso del cielo con la tierra! ¡dadnos hoy tambien vuestros consuelos!

### III.

Entre las virtudes, la caridad es la reina de todas, porque *Dios es caridad* (2). Mas fuerte que la muerte misma, saldrá en triunfo del medio de nuestras cenizas. *Ahora perma-*

(1) Job. XIX, 21.

(2) I Joan IV, 7.

*necen la fé, la esperanza y la caridad; pero la caridad es superior a todas las otras.* (1)

La caridad cristiana es la que nos inspira este amor tan tierno por los difuntos, y la que estrecha, aun despues de la muerte, los lazos del amor.

En la sociedad civil, los deberes de la sociabilidad solo obligan durante la vida; la muerte es su término. Pero, en la sociedad cristiana, solo mueren los que voluntariamente privan a su alma de la Divina Gracia y descienden al abismo eterno. Vivimos en la Comunión de los Santos, en esa union inefable por que tánto suspiraba nuestro Salvador Jesus, y que fué el centro de sus mas vehementes deseos. Union íntima, que no forma mas que un solo cuerpo del cual todos somos miembros. Cuando un miembro sufre, todos le deben proporcionar el alivio, tanto los que triunfan en el cielo, coronada su frente con aureola inmortal, como los que aun militamos en esta vida, que es un campo continuado de batalla. Donde hai una desgracia que socorrer, allí acude la caridad llevando el auxilio de los que pueden aliviarla. Si llegan, pues, a vuestros oídos las quejas de vuestros hermanos difuntos, elevad al instante vuestros clamores al cielo para que sean librados del tormento. Esto pide la caridad. *Es cosa santa y saludable*, dice la Sagrada Escritura (2), *el orar por los difuntos*, y el ángel de la escuela nos asegura (3) que «la oracion por los muertos es mas agradable a Dios, que la oracion por los vivos, porque los difuntos tienen mayor necesidad de socorro, puesto que ellos no pueden ayudarse por sí mismos, como lo hacen los vivos.»

Todo lo que aquí hicieréis por los muertos, os será superabundantemente recompensado; las almas que sacáreis del purgatorio con vuestras súplicas y buenas obras y a quienes abriréis el cielo, ¡podrán olvidarse en el seno de las delicias,

(1) S. Pablo, sup. cit.

(2) II Mach. XII, 46.

(3) Supp. P. 9, 71, art. 5.

de que a vosotros deben su libertad y su dicha? ¡Ah! su reconocimiento será jeneroso y en cada uno de ellos tendreis otros tantos protectores y amigos ante Dios.

La union de la caridad cristiana se ha manifestado tambien de un modo especial en la tierra, con motivo de nuestra desgracia. Nuestros doloridos ayes fueron acojidos con muestras de simpatia y de sentimiento por todo el universo. Todo el catolicismo lloró con nosotros; vistió de luto sus templos, entonó lúgubres himnos y envió al cielo las mas tiernas plegarias. ¡Dígnense recibir hoi, todos los que compartieron nuestro sentimiento, el testimonio solemne de nuestra gratitud y el abrazo de nuestra fraternidad!

Fortificad vuestra fé, hermanos míos, animad vuestra esperanza, encended vuestra caridad; principalmente vosotros, deudos atribulados. A la sombra de la inspiracion cristiana, el consuelo viene de lleno al alma y vuestras lágrimas son enjugadas por mano divina. En nombre del cielo, en nombre de la religion, recibid estos consuelos tan eficaces, sobre todo, al ver llegar ya el aniversario de tan tremendo dia, las horas del dolor mas terrible. Pero no temais. La fé, la esperanza y la caridad os cubrirán con sus alas divinas y fortalecerán vuestras almas. Mas os diré; éste es el único consuelo verdadero, el único capaz de mitigar vuestro dolor. Nuestra desgracia, sin la fé católica, habria sido insoportable. ¿Qué habria sido capaz de darnos resignacion? Ya lo hemos visto; la herejia y la impiedad trataron tambien de consolarnos. El error alzó su lámpara, pero solo para avivar el fulgor de la cruel hoguera. Hizo oir su voz ¿para qué? para decir aquí, en medio de nosotros, que éramos castigados por Dios por nuestros crímenes, por nuestra idolatria, ¡porque honrábamos a Maria, la Madre de Dios!... Este fué el pésame, deudos atribulados, este fué el pésame que os envió el error, que trabaja por derrocar en Chile a la fé católica romana. Segun él, nuestra desgracia fué bien merecida y el fuego llovió

sobre las víctimas, como en otro tiempo sobre los habitantes de la Pentápolis. ¡Señores! ¿qué acaso no era ya bastante nuestro dolor? ¿No podía faltar el sarcásmo a nuestra desgracia? ¿Así se paga nuestra tolerancia, así nuestra jenerosa hospitalidad?

Todavía nos ofrece otro consuelo: se burla de nuestras preces por los difuntos. Para él es inútil derramar lágrimas sobre los restos de nuestros hermanos. ¡Cruel! Pero no os admireis, señores. La herejia es el error, y todo error es cruel. Solo la verdad es caritativa y tiene simpatias con el alma humana. «La verdad, dice el Espíritu Santo, marcha en compañía de la misericordia, como la paz en compañía de la justicia.»

Pero quizás todo esto era esplicable. ¿Qué otra cosa podíamos esperar de los enemigos declarados del catolicismo? Esto se concibe. Lo que sí fué verdaderamente inesplicable, permitidme decirlo, porque Dios a todos concede tiempo de callar y tiempo de hablar; lo que hirió hondamente nuestro corazon y nos obligó a exhalar dolorosos suspiros, fué el ver que algunos de nuestros propios hermanos se dejaron dominar por las impresiones del momento y alzaron su voz para condenar a la inocencia...

Lejos de mí, y sobre todo en este dia y en este lugar sagrado, la mas lijera recriminacion. Yo, el primero, pido se cubran con denso velo las dolorosas circunstancias de aquella aciaga catástrofe. Si me permito un recuerdo, es solo, señores, para que recibamos la severa leccion que la Providencia nos envia; para que jamas obremos con precipitacion, porque aquí, donde todos nos conocemos, los gritos del momento son recibidos cual merecen. Empero, a la distancia las cosas aparecen en otras proporciones y el baldon y el desprecio no solo recaen sobre los supuestos culpables, sino tambien sobre toda la sociedad y la patria. Tanto se ha dicho, tanto se ha escrito en el viejo mundo sobre nuestra desgracia, que la Inglaterra católica ha creído un deber erijir

un altar a la Virgen Santísima para desagraviarla de las injurias que prodigaron a su culto los enemigos de la fé, con motivo del suceso que hoy conmemoramos.

Mas, no todo ha de ser penas. ¡Bendito sea Dios que saca bienes proporcionados a las desgracias! La muerte de nuestros hermanos sea, pues, católicos, útil leccion y saludable advertencia para los que aun vivimos. *Estad preparados, porque no sabeis ni el dia ni la hora* (1). Quizás la segur está ya a la raiz del árbol y del lado que cayere allí quedará. A las rejiones eternas solo os seguirán vuestras obras; nó vuestros honores, vuestras riquezas, vuestros empleos, grandes de la tierra, que me escuchais! ¡Ah, Señor! Impenetrables son vuestros juicios! Mas, ¡a cuántos pecadores habeis convertido a vuestro amor, disipando las tinieblas de su alma con el horrible resplandor de aquella hoguera! ¡Cuántos creyeron oír la voz de la eternidad en los dolorosos ayes y tristes lamentos de los que agonizaban! ¡Cuántos sintieron su alma conmovida, al ver desfilar por sus casas ese largo y silencioso cortejo de la muerte! ¡Cuántos lloraron por la vez primera, y en su desgracia miraron al cielo y creyeron en la eternidad que nos espera!

Católicos! continuemos las fervorosas preces que hoy dirigimos al Omnipotente por nuestros hermanos difuntos.

Ilustre Pontífice, derramad cuanto ántes, el agua de la purificacion eterna, y con el sagrado incienso envidad al cielo las tiernas súplicas de todo este pueblo.

¡Dios Omnipotente! cuál lloró Adán en vista de Abel bañado en su sangre; cuál clamó Abraham al levantar la cuchilla; cuál jimió Israel, al arrojar sus hijos al Nilo; cuál lloraron las madres la muerte de mil niños inocentes, hoy clamamos a Vos. No os pedimos, cual Marta y Maria, la resurreccion de nuestros muertos. La misma voz que hizo salir a Lázaro del sepulcro, la misma voz que en el último dia del mundo reanimará las cenizas de todos los hombres, esta

(1) Luc. XII, 40.

voz poderosa podria resucitar en este mismo momento a los amigos que hoi lloramos. Mas, Señor, solo queremos el alivio de sus almas. Os lo piden sus hijos, sus esposos, sus hermanos, sus amigos, todo un pueblo cristiano junto con su Pontífice y sus sacerdotes; os lo piden porque tienen fé, porque saben esperar en vuestra misericordia, y porque la caridad es la vida de sus almas. Dejáos conmovér por nuestras lágrimas, como en otro tiempo por las de Marta y Maria; os lo pedimos porque Vos mismo habeis dicho que *quien creyere en Vos, aun cuando esté muerto, vivirá* (1). Decid a esas almas desgraciadas: ¡salid fuera, dejad las sombrías rejiones en que os hallais sepultadas! y puesto que habeis creído y esperado, venid a gozar eternamente del amor, de la caridad de Dios, en la patria de la inmortalidad.

Que así sea.

(1) San Juan XI. 25.

---